

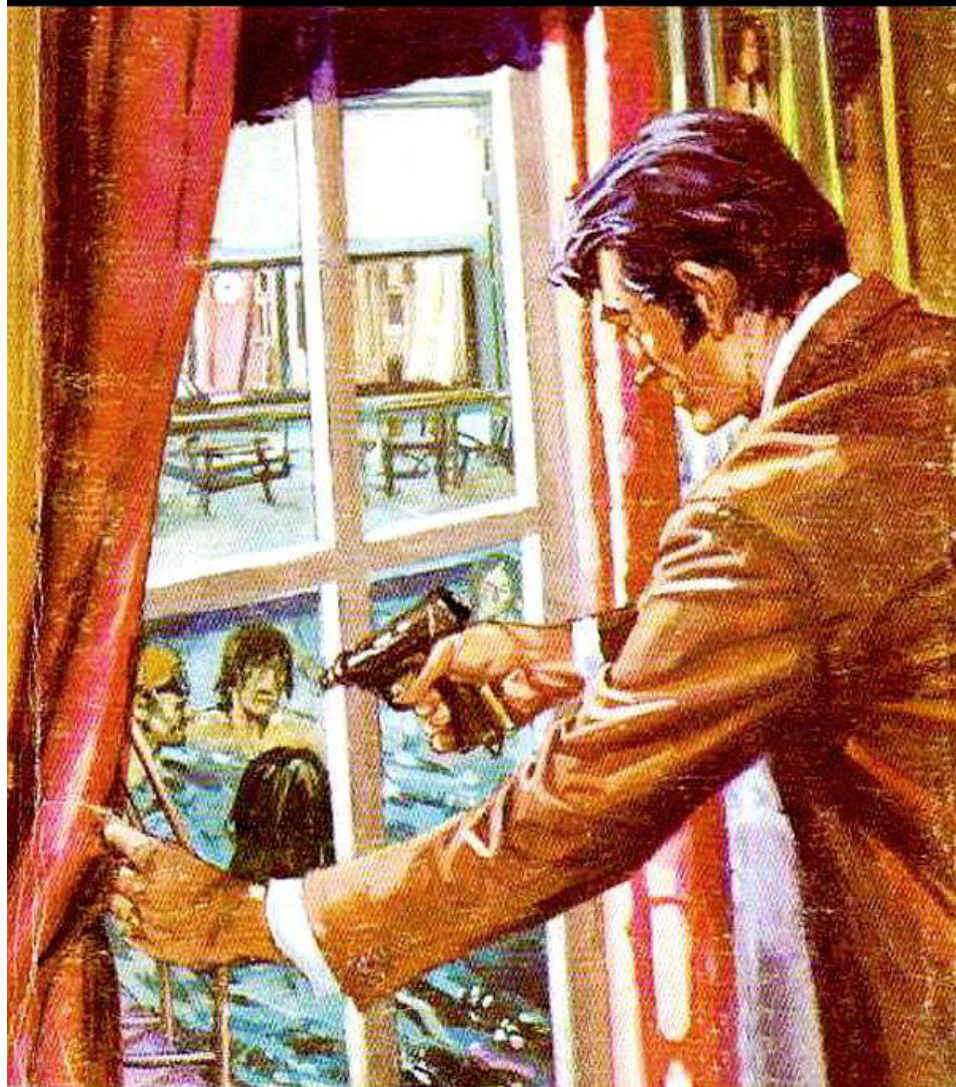
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

UN SUCIO TINGLADO

Ray Lester



Harían Niven, inspector jefe de la Oficina Federal de San Francisco, posó su penetrante mirada en los dos hombres jóvenes que tomaban asiento al otro lado de la mesa escritorio. Bajo las pobladas cejas, sus ojos escrutaron alternativamente a uno y otro.

Eran los agentes especiales Roy Lansbury y Larry Wyman. Dos hombres procedentes de Montana y Dakota del Norte respectivamente, cuyas fichas habían sido objeto de minucioso examen por parte de él y de sus directos colaboradores en el transcurso de los últimos días.

Niven echó una breve ojeada a las dos fichas y dijo:

—Supongo que ya han sido ustedes presentados, ¿no?



Ray Lester

Un sucio tinglado

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1390

ePub r1.1

Lds 24.10.18

Título original: *Un sucio tinglado*

Ray Lester, 1977

Cubierta: Miguel García

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



A mis buenos amigos de Benicarló, agradeciéndoles la cariñosa acogida que me dispensaron en mis vacaciones.

Ray Lester

CAPÍTULO PRIMERO

Harían Niven, inspector jefe de la Oficina Federal de San Francisco, posó su penetrante mirada en los dos hombres jóvenes que tomaban asiento al otro lado de la mesa escritorio. Bajo las pobladas cejas, sus ojos escrutaron alternativamente a uno y otro.

Eran los agentes especiales Roy Lansbury y Larry Wyman. Dos hombres procedentes de Montana y Dakota del Norte respectivamente, cuyas fichas habían sido objeto de minucioso examen por parte de él y de sus directos colaboradores en el transcurso de los últimos días.

Niven echó una breve ojeada a las dos fichas y dijo:

—Supongo que ya han sido ustedes presentados, ¿no?

Los dos jóvenes dieron una cabezada de asentimiento.

—Y como es lógico se estarán preguntando las causas por las que han sido trasladados con toda urgencia a San Francisco.

Roy Lansbury, de unos treinta años, rubio, fuerte complexión atlética y cuadrado mentón que denotaba energía inquebrantable, afirmó dando una nueva cabezada:

—En lo que a mí respecta puede usted asegurarlo, señor, aunque no me quejo, puesto que el clima infernal de Montana difiere mucho del que disfrutan aquí.

Niven miró al otro agente.

—¿Qué dice usted, Wyman?

—Casi lo mismo que Lansbury, señor. Dakota del Norte no es el lugar que recomendaría a un amigo para pasar el invierno.

Niven esbozó una leve sonrisa.

—Por lo que veo, prefieren el calor.

Lansbury y Wyman cambiaron una mirada y respondió el primero:

—Nos gusta el café con leche, señor. Una zona templada como la de California es la ideal.

—Sin embargo, serán enviados a un lugar donde tendrán que sufrir un tórrido calor.

Los dos agentes guardaron silencio y Niven cogió entre los velludos dedos las cartulinas donde se reflejaba detalladamente el historial de ambos.

—Será mejor que entremos en materia —hizo una breve pausa, como si tratara de poner en orden sus pensamientos, y siguió—: Desde luego, les anticipo que no han sido elegidos precisamente por su disciplina, a usted, Lansbury, lo apodan sus compañeros de Helena «el loco del FBI». Resuelve los casos que se le encomiendan a su manera, que sus jefes califican de absurdas y sin sentido en la mayoría de ocasiones. Por regla general no se atiene a reglamentos y contraviene las órdenes recibidas la mayor parte de las veces.

Roy Lansbury se tocó el lóbulo de la oreja.

—Bueno..., yo le aseguro que...

Harían Niven le cortó levantando la diestra.

—No obstante, sus jefes coinciden en un punto positivo —dijo—. Su forma de actuar puede ser alocada, pero ha resuelto favorablemente muchos casos. Dicen que posee usted gran inteligencia, Lansbury.

El agente dejó escapar un suspiro.

—Menos mal.

El inspector jefe Niven miró entonces a Larry Wyman.

—En cuanto a usted, Wyman, su historial está plagado de brutalidades cometidas siempre cuando atrapa a un delincuente buscado por el FBI. Pero lo mismo que en el caso de Lansbury, el inspector Bradley asegura que posee un olfato especial para detectar a un forajido o a un espía. Eso es un tanto a su favor.

Larry Wyman, de unos veintiocho años, anchos hombros, cabellos oscuros y rostro de boxeador, inclinó la cabeza ceñudo.

—Reconozco que soy un bruto, señor, pero duermo tranquilo por las noches. Dos compañeros han muerto ya en mis brazos, acabaron violentamente con ellos esos..., angelitos.

Harlan Niven compuso una mueca.

—Si he mencionado el historial de ustedes es precisamente porque son exactamente los hombres que necesito para llevar a

cabo la delicada misión que les será encomendada. Y una de las cosas principales que quiero advertirles es que si se descubre la verdadera identidad de ustedes en el transcurso de la misión, la Oficina Federal negará rotundamente que han sido encargados oficialmente de dicho trabajo. Para todos los efectos, estarán de vacaciones. El historial que poseen se presta a ello, ya que la disciplina no es una de sus virtudes.

Al callar Harlan Niven se miraron ambos jóvenes y, fruncido el ceño, inquirió Roy Lansbury:

—¿Quiere decir que..., actuaremos sin apoyo oficial, señor?

Niven afirmó moviendo la cabeza:

—Exactamente. Y dadas las circunstancias que rodean a este caso no se les aceptará una renuncia.

Larry Wyman masculló entre dientes:

—No vale aquello de lo toma o lo deja.

—Así es, Wyman. Otro de los motivos por el que han sido elegidos es porque los dos hablan correctamente español. Y eso es imprescindible para este trabajo.

Lansbury miró recto a los ojos.

—¿Tenemos que cargarnos a un alto personaje de México, señor?

El inspector jefe rechazó con una agria sonrisa en los labios:

—Ese tipo de trabajo jamás es llevado a cabo por agentes del FBI, Lansbury. Debería saberlo.

—Pero los agentes del FBI siempre actúan respaldados por sus jefes, señor.

Hubo un silencio y tuvo que reconocer Niven:

—No le falta razón, Lansbury —hizo una breve pausa y añadió—: Voy a ponerlos en antecedentes del caso y entonces sabrán que no hemos tenido otra alternativa que elegirlos a ustedes. Y se despejarán las dudas que sin temor a equivocarme se están formando en sus mentes.

Los dos agentes guardaron silencio manteniéndose atentos a su superior. Éste bebió un poco de agua y, después de aclararse la voz, siguió explicando:

—En el Gila, a unas treinta millas de Nogales, existe un rancho que es un verdadero oasis en el caluroso desierto, un paraíso anacrónico dada su ubicación. Más que un rancho es una enorme

quinta de recreo donde sus propietarios, los señores Lozano, ofrecen muy a menudo fastuosas fiestas a sus innumerables amistades. Pueden costearlo porque los Lozano son dueños de un imperio económico. Se podría decir que el propio Constantino Lozano ignora con exactitud la cantidad de negocios en los que es accionista mayoritario.

Roy Lansbury levantó la diestra un tanto indolente.

—¿Ése es nuestro destino, señor?

—En efecto, Lansbury.

—El Gila se encuentra en Arizona. ¿O me equivoco?

—No se equivoca, Lansbury —movió la cabeza Harlan Niven—. Pero vuelvo a insistir que ustedes actuarán de forma extraoficial y por esa razón la operación se monta en San Francisco.

Lansbury asintió despacio:

—Este fin de semana los señores Lozano piensan dar una fiesta de disfraces. En la quinta se reunirán unos veinticinco invitados, todos amigos de los anfitriones, como es natural. Incluso creo que se ha establecido mi premio para la pareja que se presente mejor disfrazada.

Larry Wyman interrumpió:

—Y ustedes han pensado que el premio se lo lleve el FBI, ¿no?

Harlan Niven forzó una incipiente sonrisa.

—Me alegra que tenga sentido del humor, Wyman. Es posible que le haga falta cuando tenga que alternar con los invitados de los señores Lozano.

Lansbury arrugó la nariz.

—¿Quiere decir que acudiremos a ese baile de disfraces, señor?

—Así es. Porque durante la fiesta se llevará a cabo una entrega de documentos secretos cuya valía para los Estados Unidos es incalculable. Y precisamente a esa fiesta están invitados tres hombres que desempeñan altos cargos dentro del FBI. Sabemos positivamente que entre las personas que se reunirán en la quinta de los señores Lozano se encontrará un agente de una potencia extranjera. Ignoramos la identidad de dicha persona y lo mismo ocurre respecto a quien debe hacer la entrega de los documentos.

Lansbury y Wyman se miraron sorprendidos. El segundo de ellos empezó a decir:

—Un momento, señor. No estarán pensando que...

—No podemos estar seguros, Wyman —le atajó grave Niven—. Estos tres hombres que ocupan altos cargos en nuestra organización son Forrest Reagan, Gary Stapleton y Kevin Marshall. Irán con sus respectivas esposas y debo advertirles que no hemos podido descubrir nada sospechoso en el pasado de ninguno de ellos. Poseen un historial intachable y es posible que su presencia en la finca de los Lozano sea puramente casual. Pero debemos estar seguros de ello.

Hubo un corto silencio y aprobó Lansbury:

—Y nuestra misión consiste precisamente en eso, ¿eh, señor? Así, si uno de esos tres jefazos se huele que está siendo vigilado y pone el grito en el cielo, nuestra central asegurará que los agentes Larry Wyman y Roy Lansbury actuaban por cuenta propia.

Harlan Niven cabeceó afirmativamente:

—Eso es.

—Y dijo usted que no podíamos rechazar la misión, ¿verdad, señor?

—No pueden hacerlo, Lansbury. Encontrarlos a ustedes nos ha llevado varios días de trabajo intensivo y no hay tiempo para encontrar a otros agentes, puesto que la fiesta es el sábado próximo, además..., ustedes han venido de ciudades apartadas y de nula actividad de espías extranjeros. Nuestros tres hombres no pueden conocerlos, por lo que es muy difícil que sean descubiertos.

Larry Wyman se masajeaba el mentón y preguntó:

—¿Han investigado antecedentes de los otros invitados?

—De todos ha resultado imposible, dado el escaso tiempo de que hemos dispuesto y las precauciones con que forzosamente debimos movemos. En su mayoría son de México y acuden exclusivamente para asistir a la fiesta. Son amigos de los Lozano, que son también mexicanos aunque residan en nuestro país desde hace años, de todas formas, les entregaré un sumario de todo cuanto sabemos para que puedan estudiarlo y memorizarlo. No olviden que la misión de ustedes no es sólo averiguar la inocencia o culpabilidad de Reagan, Stapleton y Marshall. El punto más importante es descubrir a la persona que intentará hacer la entrega de los documentos y detener al espía extranjero.

Wyman movió la cabeza silencioso y quiso saber Lansbury:

—¿Y cómo nos vamos a presentar en la fiesta diciendo aquí

estamos porque hemos venido, señor?

Harlan Niven posó la penetrante mirada en él...

—Usted será el teniente Roy Lansbury, de la policía de Tucson. En cuanto a Wyman, pasará por sargento a sus órdenes.

—¿Utilizando nuestros nombres verdaderos?

—No hay el menor peligro por esa parte. Nadie los puede relacionar con el FBI. Podríamos facilitarles la falsa documentación con nombres supuestos, pero no vemos la necesidad.

Roy Lansbury le escrutó el semblante.

—¿Está seguro de eso, señor?

—¿De qué?

—De que no sea necesario facilitamos documentación con nombres falsos.

Harlan Niven arqueó las cejas.

—¿Qué quiere decir, Lansbury?

El joven respondió sin titubear:

—Se me está ocurriendo que si no nos facilitan documentos falsos es para poder lavarse las manos frente a Stapleton y los otros dos jefazos en el caso de ser descubiertos.

Niven permaneció unos segundos mirándole fijamente y acabó distendiendo los labios en abierta sonrisa.

—Sus jefes no se equivocaron al decir que posee una inteligencia extraordinaria, Lansbury.

—Estoy baqueteado, señor.

Wyman tomó la palabra:

—Aún no respondió a la pregunta de Lansbury, señor.

—¿A qué pregunta?

—¿Cómo vamos a presentarnos en la fiestecita? Le advierto que el único disfraz que me cae bien es el de Atila.

—No hará falta que se presenten disfrazados, ahora les explicaré la forma en que se encontrarán dentro de la fiesta y con plenos poderes para investigar. También les daré algunas instrucciones respecto a Reagan, Stapleton y Marshall, aunque ellos se identifiquen ante ustedes, cosa que dudo, deberán hacerles caso omiso... En cuanto a Constantino Lozano, Tino para los amigos, es persona de absoluta confianza. Sólo pueden confiar en él y en su esposa.

Wyman y Lansbury aguardaron a que el inspector jefe Niven

siguiera hablando y, tras una corta pausa, dijo éste:

—Se están preguntando qué pintarán dos policías en una fiesta de disfraces aparentemente sin importancia. Como eso haría sospechar a las personas que intentamos descubrir, se cometerá un crimen y el señor Lozano los requerirá a ustedes.

CAPÍTULO II

El coche se deslizaba a buena velocidad por aquella carretera de segundo orden. Hacía unos minutos que el sol se había puesto por las lejanas crestas de los Black y ya comenzaba a levantarse un airecillo molesto.

A ambos lados de la carretera sólo arena y absoluta soledad.

Un lugar verdaderamente inhóspito.

Por eso sorprendía encontrarse repentinamente, al doblar una de las escasas curvas tras salir de un cambio de rasante, con una lujosa y vasta mansión como la que teman delante, algo realmente increíble en aquellos contornos.

Larry Wyman detuvo el vehículo y descendió de él imitado por Roy Lansbury.

Una anciana parecía esperarlos en la entrada a la enorme quinta, y ambos jóvenes se dirigieron a ella.

—Soy el teniente Lansbury, de Tucson, abuela —dijo Roy—. Usted debe de ser una de las criadas. ¿Quiere conducirme ante el señor Lozano, por favor?

La anciana ladeó la cabeza y sonrió.

—Sólo tengo treinta y ocho años, teniente Lansbury.

Larry Wyman dio un manotazo al aire.

—Vamos, abuela, no me sea coquetona. ¿Dónde dejó los otros años, infiernos? Por su aspecto hace tiempo que debería estar jubilada.

La mujer distendió los labios, riendo.

—Soy la señora Lozano, señor...

—Es el sargento Wyman, señora —se adelantó presentando Roy Lansbury—. Y perdone mi metedura de pata. La verdad es que su disfraz está muy conseguido. Sin embargo, debí fijarme en sus ojos.

Carmen Lozanoladeó la cabeza, interesada.

—¿Qué tienen mis ojos, teniente Lansbury?

—Que apenas si le caben en el rostro, señora Lozano. Grandes, oscuros como las profundidades de un lago y con un destello entre burlón y cálido que no puede hallarse en los ojos de una anciana. Son demasiado hermosos como para no pertenecer a una mujer joven.

La señora Lozano rió ahora abiertamente.

—Me gusta usted, teniente Lansbury. Puede llamarme Carmen, como hacen mis amigos.

Roy Lansbury dio una grave cabezada.

—Espero que también guste a sus amigos, Carmen. ¿Tiene ahora inconveniente en llevarme ante su esposo?

—Desde luego. Los aguarda en su despacho.

Dando media vuelta con una ligereza que no correspondía a su perfecto disfraz de anciana, agregó:

—Pueden seguirme.

Lansbury y Wyman la siguieron al interior de la quinta mientras un tipo uniformado se hacía cargo del auto que los había traído hasta allí y se lo llevaba al garaje.

Tan pronto traspasaron la cancela de entrada se quedaron maravillados ambos jóvenes.

Aquello era un verdadero oasis. Toda la parte delantera de la mansión era un jardín de lujuriente vegetación. El césped abundaba por todas partes y los numerosos parterres aparecían cuajados de exóticas plantas y flores de intenso colorido.

Roy se preguntó de dónde traerían el agua necesaria los Lozano. Quizá de las profundidades del desierto o a través de largas conducciones tendidas por el inhóspito Gila. El caso era que el agua no faltaba en la fastuosa quinta del matrimonio afincado en los Estados Unidos.

A la derecha de la vasta casa descubrió Roy un campo de minigolf y una pista de tenis, a la izquierda, pudo ver que una amplia piscina demostraba una vez más la abundancia de agua.

Y muchas personas se dispersaban por allí ataviadas con extrañas vestimentas. Unas tomaban parsimoniosamente su bebida tendidas en cómodas tumbonas protegidas por grandes parasoles de llamativos colores, otras charlaban animadamente y de vez en

cuando dejaban escapar una carcajada. Un pirata jugaba su partida de tenis frente a un monaguillo.

Roy torció el gesto sardónico.

—Cualquiera diría que se ha cometido un asesinato aquí, ¿eh, Carmen? La gente ríe y juega como si tal.

Ya llegaban a la puerta principal de la mansión y, girando apenas la cabeza, explicó la señora Lozano:

—Nuestra raza es así, teniente Lansbury. En...

—Puede llamarme Roy.

—De acuerdo, Roy —sonrió ella. Y ya bajo el dintel de entrada al enorme vestíbulo, continuó diciendo—: Como le iba diciendo, la raza mexicana es algo especial. Dicen que lo hemos heredado de los españoles. Lloramos con las alegrías y reímos con las penas.

—Sobre todo si las penas son de los otros, ¿eh? Porque según tengo entendido el muerto que duerme su sueño eterno en la cámara frigorífica no es familia de los restantes invitados.

—En efecto, Roy —asintió Carmen Lozano sin dejar de caminar atravesando el lujoso vestíbulo seguida de los dos jóvenes—. Dan Forrest trabaja como consejero para mi esposo en una de sus empresas. Vino sólo a la fiesta...

—¿Lo ve?

Penetraron en una lujosa biblioteca que no desmerecía en absoluto con todo lo que habían visto hasta el momento, allí descubrieron a una pareja haciendo «manitas», que se apresuraron a separarse tan pronto aparecieron ante ellos.

Un *sheriff* escapado de un Western y Cleopatra.

Larry Wyman dejó escapar una risita.

—Por nosotros pueden seguir, comisario.

Carmen Lozano rió:

—No vaya a pensar mal, sargento. Son Kevin y Lona Marshall. Matrimonio intachable.

—Y según parece tan enamorados como cuando él berreaba suplicándole el primer beso.

Kevin Marshall, disfrazado de *sheriff* del viejo Oeste, se puso en pie dispuesto a protestar. Pero la señora Lozano y sus dos acompañantes ya habían salido de la biblioteca por la puerta del fondo.

Finalmente llegaron al despacho de Constantino Lozano.

Un hombre más bien bajito, de calva incipiente, mirada noble y rostro de rasgos serenos. Iba disfrazado de anciano lo mismo que su esposa y se levantó apresuradamente del sillón que ocupaba tras la mesa escritorio tendiendo la diestra a los recién llegados.

Su esposa hizo las presentaciones y pidió Lozano:

—Le ruego me disculpen, Lansbury. Tenía unos trabajos pendientes de acabar y...

Roy le cortó haciendo un ademán:

—No se preocupe, Lozano. Su esposa ha sido una magnífica anfitriona. Puede sentirse orgulloso de ella.

Constantino Lozano pasó el brazo por encima de los hombros de su mujer y sonrió.

—Lo estoy, Lansbury.

—Si hemos de pasar por amigos será mejor que desde ahora se acostumbre a llamarme Roy. Y de tú.

—Muy bien, Roy. Por tu parte debes llamarme Tino, como hacen todos mis amigos verdaderos.

El agente del FBI cabeceó afirmativamente.

—¿Vamos al grano, Tino?

Carmen Lozano intervino entonces y, encaminándose a la salida, dijo risueña:

—Supongo que no me necesitáis, ¿verdad? No podemos olvidar que existen otros invitados.

Cuando hubo abandonado el despacho indicó Tino Lozano sendos sillones a los jóvenes y fue hasta un mueble bar situado en uno de los ángulos de la estancia.

—¿*Whisky*, *brandy*, jerez...?

—*Whisky* —respondió Roy—. Somos dos buenos patriotas, Tino.

—Os advierto que este *whisky* no está destilado en los Estados Unidos. Es puro escocés.

Roy encogió los hombros.

—De todas formas, seguiremos la costumbre nacional. Con hielo.

Tino Lozano escanció *whisky* en dos vasos y depositando en ellos unos cubitos de hielo los tendió a los dos agentes. Para él se preparó un jerez y después de paladear un trago tomó asiento de nuevo.

—¿Qué te interesa saber, Roy?

—Todo desde el principio, Tino. ¿Quién fue la persona que descubrió el falso cadáver?

—Segundo Jiménez. Un buen amigo mío.

—¿No advirtió nada anormal?

—Nos preocupamos de prepararlo bien y yo actué con rapidez. Dan Forrest se hallaba tendido de bruces en el suelo de su habitación y tenía un cuchillo clavado en la espalda a la altura del corazón. Debajo de su cuerpo había un charco de sangre convencional. Nadie dudó cuando yo me incliné sobre él y dije que estaba muerto después de tomarle el pulso.

Roy Lansbury compuso una mueca.

—Y ahora todos se hallan convencidos de que Dan Forrest se encuentra en el interior de la cámara frigorífica del sótano, ¿eh?

—Así es —asintió Tino Lozano—. Ninguno de mis invitados sospecha en absoluto que el agente Forrest está ya lejos de aquí. Les dije a todos mis amigos que llamaría a un teniente de la policía de Tucson que me debía algunos favores para que llevase la investigación privadamente hasta el esclarecimiento de los hechos. Luego habría tiempo de comunicarlo oficialmente.

—¿Cómo reaccionaron?

—La mayoría de ellos me lo agradecieron porque no desean en modo alguno el escándalo.

Roy bebió un sorbo de *whisky* después de darle unas vueltas al vaso.

—¿Advertiste alguna reacción especial en alguno de ellos?

Tino Lozano encogió los hombros.

—Me temo que no, Roy.

—Lástima.

Larry Wyman levantó el vaso como si fuese a brindar y dijo:

—Referente al asunto que realmente nos ha traído aquí..., ¿ha conseguido averiguar algo?

—Todo sigue igual que cuando hablé con sus jefes. Sabemos que en mi casa se piensa llevar a cabo un intercambio de importantes documentos, pero ignoramos la identidad de los protagonistas.

Roy Lansbury se pellizcó el lóbulo de la oreja.

—Se trata de un sucio tinglado —comentó como hablando consigo mismo—. Un sucio tinglado que nos dará que trabajar. ¿Alguien abandonó la finca con un pretexto después de la supuesta muerte de Forrest, Tino?

—Nadie. Seguimos siendo los mismos que llegamos ayer

dispuestos a disfrutar de un prometedor fin de semana. O por lo menos no tengo noticias de que nadie se haya ido.

—De todas formas, no iría muy lejos —dijo Lansbury—. Esta quinta está completamente vigilada y cualquier intento de fuga sería detectado, a prudencial distancia, por descontado.

Tino Lozano se masajeó el mentón, titubeante.

—Quiero... pedirte un favor, Roy.

El joven le miró interesado.

—Adelante, Tino.

—Bueno... —empezó Lozano pasándose la diestra por la nuca—. Todas las personas aquí reunidas son excelentes amigos míos. Te ruego que no seas demasiado brusco coa ellos, ¿me entiendes? No quisiera que alguno pudiera sentirse ofendido.

Roy entornó los párpados.

—¿Incluyes a los espías?

El rostro de Tino se coloreó.

—Por supuesto que no —se apresuró a decir—. Pero hasta tanto no sepamos su identidad estimo innecesario tratar a todos los invitados a patadas. Y por otra parte dudo mucho que ellos lo consintieran. Se podría llegar a una situación bastante molesta.

Roy guardó silencio.

Parsimoniosamente depositó el vaso vacío sobre la mesa escritorio y se incorporó mirando a los ojos del anfitrión. Con inexpresivo semblante inquirió quedo:

—¿Sabes cómo me llaman mis compañeros de Helena, Tino?

—No.

—El loco del FBI. ¿Quieres saber por qué?

Tino Lozano también se levantó.

—Me lo supongo.

—Siempre resuelvo los casos a mi manera, sin injerencias extrañas, Tino. Me revuelve las tripas que alguien me diga cómo tengo que trabajar, ¿sabes? Es como si un pelagatos pretendiera enseñarte a ganar dinero a espuestas.

La cara de Lozano volvió a colorearse.

—No ha pasado por mi imaginación enseñarte el oficio, Roy —espetó un tanto tenso—. Sólo quiero recordarte que entre mis invitados la mayoría son inocentes. Merecen un trato distinto al que pueda recibir un espía.

Roy cabeceó emitiendo una risita.

—Eso es una verdad como un templo, Tino, ahora sólo nos falta separar al espía del inocente y darle a cada cual el trato que se merece. Sencillo, ¿no?

Hubo un largo silencio y murmuró Lozano:

—Comprendo que tienen por delante un trabajo hartó difícil, muchachos. Sin embargo, creo que no has entendido del todo mis palabras, Roy. Yo lo que deseo es...

Lansbury le puso la diestra en el hombro, cortándole:

—Entiendo perfectamente lo que quieres decir, Tino. Pero ya dije que nos encontramos ante un sucio tinglado y para solucionar la papeleta no tenemos otra alternativa que utilizar métodos efectivos. Luego... siempre habrá tiempo de pedir disculpas si es necesario. Tus invitados deben comprender que Wyman y yo nos encontramos aquí tratando de atrapar a un asesino.

Larry Wyman los imitó incorporándose tras apurar el *whisky* y desvió la conversación, preguntando:

—¿Puede aclararme una duda, Lozano?

Tino se giró a él.

—Por supuesto.

—Si sus invitados llegaron ayer..., ¿por qué siguen con los disfraces puestos? En honor a la verdad no parecen demasiado afectados por el asesinato de Dan Forrest.

Tino Lozano tardó un poco en responder.

—Los disfraces tendrán que llevarlos todo el tiempo que permanezcan en mi finca. Cuando se concertó la fiesta impusimos como condición que así debía ser. Ninguno de ellos ha traído equipaje para cambiarse. Y en cuanto a lo de afectados... Debo admitir, y conste que yo me pongo el primero en la lista, que la muerte de una persona no nos impresiona demasiado. Vivimos tiempos de excesiva violencia, Wyman. Si lee usted cualquier diario, en cualquier ciudad del mundo...

Larry Wyman torció los labios sonriendo agriamente.

—No se esfuerce, Lozano. Comprendo lo que quiere decir.

Roy hizo un gesto, interrumpiéndolos:

—¿Qué tal si reunimos a los invitados en el salón y les dirijo el primer sermón, Tino?

El dueño de la casa le miró a los ojos y acabó dando una lenta

cabezada afirmativa.

—Ordenaré a los criados que los reúnan, Roy.

CAPÍTULO III

En el grandioso salón, con infinidad de divanes y cómodos sillones distribuidos por él, se hallaban todos los invitados a la fiesta de disfraces, al fondo, una cristalera alargada con puertas que daban a una terraza desde la que se podía bajar al jardín.

Desde el lugar que ocupaba Roy Lansbury y en un pequeño estrado destinado a un piano, se divisaba el agua limpia y azulada de la piscina más allá de la terraza.

Y se podía escrutar el semblante de los reunidos que esperaban impacientes sus palabras. Eran en total veintitrés personas ataviadas con las vestimentas más dispares que se puedan imaginar.

Tino Lozano lo presentó como el teniente Roy Lansbury, un buen amigo de la policía de Tucson, a continuación lo dejó solo en el pequeño estrado y tomó asiento junto a su esposa en un diván.

Larry Wyman se situó a espaldas de los invitados.

Se disponía Roy a pronunciar las primeras palabras cuando apareció un camarero portando una bandeja con bebidas y se puso a repartirlas entre los reunidos.

Roy torció el gesto, llamándole la atención.

—¿Se cree que estamos en el descanso de un cine o qué, amigo? Tiene tres segundos para que se lo trague la puerta por donde salió.

El criado se quedó de muestra unos instantes y después posó la mirada en Tino Lozano. Éste le hizo una señal y el fulano se apresuró a desaparecer.

Al retirar bruscamente la bandeja el criado, un tipo disfrazado de loquero cerró la mano en el aire, apretó los maxilares y se giró furioso a Lansbury.

—¿Hay alguna ley que prohíba beber mientras se escucha, Lansbury?

Roy le dirigió una mirada inexpresiva.

—¿Cuál es su nombre?

—Segundo Jiménez. Pero acabo de decirle que...

—Sé lo que me acaba de decir, señor loquero —lo atajó el joven

—. Usted fue quien descubrió el cadáver de Dan Forrest, ¿no?

Segundo Jiménez, un hombre corpulento, de grueso abdomen y rostro de facciones simpáticas, aunque en aquellos momentos no parecía con ganas de bromas, dio una cabezada.

—En efecto, yo lo encontré.

—¿Y qué hizo?

—Salir corriendo.

—No me refiero a eso. ¿Cree que el muchacho podía estar con vida todavía?

Segundo Jiménez arqueó las cejas.

—¿Con un cuchillo atravesándole el corazón? No me haga reír, teniente. ¿En qué academia lo hicieron estudiar a usted?

Roy hizo caso omiso al comentario del hombre disfrazado de loquero y siguió:

—¿Cómo se gana la vida, amigo? Supongo que el disfraz de loco no tiene relación alguna con su profesión, ¿no?

—Soy dueño de una tienda de tejidos en el Nogales mexicano, teniente. No me diga que está sospechando de mí.

Roy dijo gravemente:

—Todos ustedes son sospechosos hasta que no se demuestre su inocencia. Dado que es difícil establecer la hora del crimen, creo que ninguna coartada será válida.

Un hombre que parecía realmente un cabrero de las montañas con su boina y todo, levantó la diestra.

—En eso se equivoca, teniente.

Roy le dirigió una mirada.

—¿Cómo se llama usted?

—Joaquín Montes.

—Muy bien, Montes, exponga sus opiniones.

—Anoche nos encontrábamos reunidos en este salón siete hombres y dos mujeres. Habíamos organizado una timba de póquer y le estábamos dando a los naipes cuando ese muchacho, Dan Forrest, decidió que era hora de irse a dormir y abandonó la partida. Subió las escaleras vivito y coleando en dirección a las

habitaciones, aquí se siguió la timba.

—¿Y qué?

—Que mi amigo, Segundo, se quedó tieso como un ajo y a pesar del refunfuñamiento de su mujer subió a buscar dinero. Tan sólo habían transcurrido unos veinte minutos desde que se marchó Forrest. Mi amigo hizo honor a su nombre y tardó segundos en regresar a toda pastilla. Traía el rostro como la cera y después de beberse un doble de coñac pudo informar que el muchacho estaba tendido de bruces con un cuchillo clavado en la espalda.

Roy se masajeó el mentón en actitud pensativa.

—Según sus explicaciones eso deja fuera de sospecha a ocho de ustedes, ¿no?

—Eso es lo que diría el teniente Kojak después de pegarle varios lengüetazos a un chupa-chups, Lansbury.

—De acuerdo, Montes. Diga el nombre de esas personas para que mi ayudante, el sargento Wyman, los vaya anotando.

Larry Wyman extrajo del bolsillo de su americana un bloc y un bolígrafo disponiéndose a tomar nota.

Joaquín Montes empezó a decir:

—Segundo y Marisa Jiménez, Roberto y...

—Un momento, Joaquinito el cabrero, un momento —lo interrumpió Roy levantando las manos—. Será mejor que añada el disfraz después del nombre o nos haremos un lío, ¿eh, Larry?

—Seguro, Roy.

Joaquín Montes guardó silencio unos instantes y a continuación fue diciendo lentamente:

—Segundo y Marisa Jiménez, loquero y hawaiana. Javier y Carmina Villa, danzarina y arlequín. Roberto y...

—Otro momento —interrumpió esta vez Wyman levantando el bolígrafo—. Con los Villa habrá querido decir arlequín y danzarina, ¿no?

—No —rebatía el hombre disfrazado de cabrero—. Javier vino de danzarina clásica y Carmina de arlequín. ¿Algo que oponer, sargento?

Wyman se rascó la oreja con bolígrafo.

—Que se han cambiado los papeles, ¿no?

Una muchacha rubia y atractiva se levantó rápida de su asiento y miró fulgurantes las pupilas a Wyman.

—Soy Carmina Villa y puedo asegurarle que mi esposo demuestra ser un hombre muchas noches a la semana.

Larry Wyman compuso una mueca burlona.

—¿Le enseña el carnet de identidad?

Ahora fue un joven más bien bajo, pero de brazos musculosos, el que se levantó del asiento que ocupaba. Iba vestido de danzarina clásica y dirigió a Wyman una dura mirada.

—¿Quiere que le rompa los hocicos, sargento?

Larry atirantó el rostro y antes de que pudiera responder se le adelantó Lansbury:

—Ya está bien, muchachos, ya está bien —hizo una breve pausa y pidió a Joaquín Montes—: Puede continuar nombrando a los restantes, amigo cabrero.

Montes torció los labios.

—Si no le importa llámeme Joaquín o Montes, como le venga en gana. Pero deje lo de cabrero, ¿estamos?

—De acuerdo, Joaquín. Diga el nombre de esas personas.

—Faltan Roberto y María Dolores Ocaña, pastor de ovejas y monaguillo. Mi mujer, que va vestida de bella Zoraida, y yo.

Al callar Montes, argumentó Roy:

—Usted dijo siete hombres y dos mujeres, Montes.

—¿De veras? A lo mejor es que confundí a Carmina y María Dolores por hombres. Como sus vestimentas son masculinas... En cambio a Javier no lo pude tomar por una fémina. Como puede ver lleva el pecho descubierto y carece de las clásicas redondeces.

Roy Lansbury ladeó la cabeza cerrando un ojo.

—Es usted un tipo cachondo, ¿eh, cabrero?

Joaquín Montes encogió los hombros.

—Me gustan las bromas, no voy a negarlo.

—Pues a mí no.

—Ese problema es suyo, Lansbury. ¿Es verdad que los policías americanos tienen poco sentido del humor? Me refiero a los de esta parte de su país, claro.

Roy le miró largamente.

—Se sorprenderá cuando llegue el turno de demostrar mi sentido del humor, cabrero. ¿A qué se dedica profesionalmente?

—Amparo, mi mujer, tiene la licenciatura de oftalmología. Ella receta gafas a todo el que cae en sus manos y yo me forro

haciéndolas. Formamos una pareja muy compenetrada.

—Me lo imagino.

Un hombre, disfrazado de almirante Nelson, se levantó impaciente y masculló:

—¿Adónde quiere ir a parar con sus bromas estúpidas, teniente? Lansbury lo miró fijo a los ojos.

—A lo que ya estoy consiguiendo en parte, mi almirante. Quiero que el asesino se ponga nervioso y finalmente cometa el error que acabe delatándole. ¿Cuál es su nombre, mi almirante?

El individuo se pasó la lengua por los labios y, volviendo a sentarse, gruñó:

—Gary Stapleton.

Roy y Larry cambiaron una imperceptible mirada. El primero de ellos dijo despacio dirigiéndose a Stapleton:

—Aunque si lo prefieren puedo dar carácter oficial al caso desde este mismo instante. Entonces tendrán que atenerse a las lógicas molestias que eso acarrea.

Gary Stapleton levantó los hombros indiferente y no despegó los labios. Fue Tino Lozano el que intercedió:

—Por favor, Roy, ninguno de nosotros desea verse envuelto en problemas si podemos evitarlo.

Desde el ventanal, comentó Wyman:

—Y ese que trata de escapar a uña de caballo mucho menos.

Roy le lanzó una mirada.

—¿Qué estás diciendo?

—Un jinete galopa a todo tren alejándose de la casa, Roy. En estos momentos acaba de saltar el seto y se adentra en el desierto. Puedo verle desde aquí y...

Roy ya no le escuchaba.

Se había vuelto al dueño de la quinta y preguntaba:

—¿Disponéis de caballos, Tino?

—Tengo una cuadra excelente. Por estos contornos...

—Llévame a ella, vamos.

Minutos después, dejaba atrás la mansión de los Lozano y se adentraba en el desierto montando un brioso caballo. La noche había caído por completo, pero sintiendo el airecillo fresco del desierto que le azotaba el rostro, pensó Roy que el fugitivo no estaría muy lejos.

Y un fugitivo es siempre el sospechoso número uno.

CAPÍTULO IV

Mientras se iba alejando de la antorcha de luz que era la mansión de los Lozano en el desierto, la oscuridad se hacía más densa en torno al joven.

Por un momento dudó Roy de que pudiera alcanzar al fugitivo y se resignó a que cayese en manos de los hombres que vigilaban la zona formando un amplio cerco.

Pero aquello lo podía echar todo por tierra.

En cambio si él lo alcanzaba y lo obligaba a regresar...

Refrenó al animal, que obedeció de inmediato soltando dos chorros de humo por las fosas nasales, agudizó Roy el oído y respiró aliviado al escuchar no muy lejos de allí el galope desenfrenado de otro animal.

Espoleó a su cabalgadura en aquella dirección.

Durante un largo trecho galopó de firme sacándole a su animal todo el partido posible. Un amigo suyo poseía un rancho en Montana y Roy sabía montar como el más consumado de los jinetes.

Minutos después descubrió al fugitivo.

En principio sólo fue una sombra algo más densa que se movía a gran velocidad. Luego, la silueta inconfundible del jinete se destacó contra el cielo al remontar éste una pequeña loma.

La distancia se fue cortando paulatinamente y descendía la vertiente opuesta del altozano cuando Roy logró emparejarse al otro y sin dudarle un instante saltó de la silla con los brazos por delante.

Abarcó la cintura del fugitivo y, aferrándolo fuertemente, lo arrancó de la silla.

Ambos salieron despedidos por la otra parte del animal y rodaron varios metros por la arena.

Roy sintió que el desertor a la fiesta se debatía coa fiereza

inusitada tratando de quedar encima, mientras rodaban sin cesar. Podía escuchar la respiración entrecortada del otro.

Y consiguió quedar sobre Roy.

Pero en lugar de golpearle como aguardaba el joven, se levantó y echó a correr, alejándose.

El agente del FBI se puso en pie y emprendió la persecución.

Unos diez metros más adelante lograba darle alcance y se arrojó en ágil zambullida rodeándole las piernas con los brazos, al caer, de la boca del fugitivo brotó un grito.

Siguió debatiéndose con fiereza y Roy tuvo que emplear todas sus fuerzas hasta conseguir inmovilizarle debajo de él. Montado a horcajadas sobre su vientre le sujetó los brazos en cruz.

—Quieto ya, maldito —jadeó—; nada vas a conseguir pugnando por librarte porque no pienso soltarte.

Hizo una breve pausa para recuperar aire, y añadió:

—Vas a tener que explicarme infinidad de cosas.

Aún tuvo que hacer un nuevo esfuerzo para mantener sujeto bajo él al tipo. La respiración de éste sonaba entrecortada y de pronto dejó oír su furiosa voz:

—¡Quíteme las asquerosas zarpas de encima, granuja!

Roy se quedó mudo de asombro.

Estaba sujetando contra el suelo a una mujer y al parecer por el timbre de su voz, joven. Debió imaginarlo antes, por las formas del cuerpo femenino. Sus redondeces eran inconfundibles y si no lo había advertido fue a causa de la agitación que le dominaba.

Resollando se hizo a un lado dejándola libre.

Ambos quedaron sentados en la arena rodeados por la más completa oscuridad.

* * *

Después de unos instantes silenciosos, dijo Roy:

—Bueno, muchacha, ahora debes ponerme al corriente de algunas cosas que atañen al problema que tienes.

La voz femenina sonó extrañada:

—¿Qué problema?

—Vamos, nena. Sabes que se cometió un crimen en la finca del señor Lozano y tú has tratado de escapar de allí. Supongo que tienes motivos justificados y quiero conocerlos.

—¿Está pensando que tuve algo que ver con la muerte de Forrest?

Roy encogió los hombros en las sombras.

—Eso te lo diré más tarde.

—Oiga, usted...

—Soy el teniente de policía Roy Lansbury por si no lo sabes, muchacha. Te agradeceré que seas franca conmigo y no, me hagas exasperar. No tengo demasiada paciencia, ¿sabes?

Ella boqueó perpleja.

—Está cometiendo un error conmigo, teniente.

—No me digas. Venga, sé buena chica y dime por qué estabas huyendo de la fiesta. Y no me salgas con el cuento de que dabas un paseo a caballo porque tendré que llamarte embustera.

—¡Eso es precisamente lo que estaba haciendo! —estalló ella—. Me gusta cabalgar en la noche. No hay nada comparable a sentir el aire fresco del desierto...

Roy soltó una risita burlona.

—Y ahora vas a decirme que no advertiste que alguien te perseguía.

—¿Por qué tenía que advertirlo? —inquirió conteniendo la ira que empezaba a dominarla—. Si es cierto que me perseguía, pudo hacer unos disparos al aire. Me hubiera detenido de inmediato.

—¿Estás segura?

—Naturalmente que estoy segura.

Hubo un breve silencio y quiso saber Roy:

—¿Cómo te llamas, muchacha?

—Paula Head. Oiga..., ¿cómo puedo estar segura de que es usted oficial de policía?

—De no haber escapado de la finca tendrías la seguridad, Paula.

—¡Le repito que no estaba escapando! Sentí deseos de galopar un rato y decidí hacerlo.

—Un criado debió comunicarte que había reunión general en el salón, ¿rió?

—No vi ningún criado ni nadie me dijo nada.

Roy guardó silencio unos instantes.

—Eso lo puedo comprobar más tarde.

Los ojos femeninos fulguraron desafiantes en la penumbra.

—¿Y qué?

—Si me has mentido lo voy a sentir mucho por ti, nena.

—¡Por mí puede morirse si quiere! —barbotó llena de ira ella poniéndose en pie—. No tengo nada que ocultar.

Roy también se levantó.

—¿Adónde crees que vas?

La muchacha, pues ya no cabía la menor duda de que se trataba de una mujer que no rebasaba los veintitrés años, según podía comprobar Roy con los ojos habituados a la penumbra, le apuntó con el índice extendido y crispado el rostro.

—Escuche, teniente, o lo que sea... Buscaré mi caballo y regresaré a la finca. Su presencia me resulta de lo más molesta que pueda imaginar, ¿entiende?

El joven emitió una risita burlona.

—Dudo que seas capaz de encontrar tu montura en las sombras, nena. Mucho me temo que tengamos que hacer el viaje de regreso a pie.

Ella boqueó, asombrada.

—¿Cómo dice?

Roy invitó haciendo un ademán:

—Anda, empieza a buscar. Pronto te convencerás de que los caballos se encuentran lejos de aquí o quizá hayan regresado ya a la cuadra. Es lo que acostumbra a pasar con los animales bien cuidados y sobrados de pienso. Cogen querencia.

Paula Head hizo caso omiso de los consejos de Lansbury y comenzó a ir de un lado para otro tratando de hallar a uno de los corceles. Roy iba a su lado sin molestarse en escrutar la oscuridad.

La muchacha tardó unos minutos en darse por vencida, y finalmente encogió los hombros resignada. Con un tono de voz bastante más sereno que antes, dijo:

—Tendremos que regresar andando, teniente.

—Ya te lo dije, Paula. Puedes llamarme Roy en lugar de teniente.

—¿A santo de qué?

El joven la miró risueño.

—Es mi nombre, Paula.

Hubo un breve silencio e inquirió ella:

—¿A qué viene ese cambio de actitud respecto a mí, teniente?

¿Es que ahora he dejado de ser sospechosa por la supuesta fuga?

Roy le indicó la dirección de la finca.

—Será mejor que nos pongamos en camino, Paula. Tenemos un buen trecho por delante.

Sin aguardar la respuesta de ella dio ejemplo echando a andar por la arena. Segundos más tarde comprobó que la muchacha le seguía después de un leve titubeo.

Paula se puso a su altura y apremió:

—No ha contestado a mi pregunta, teniente.

Roy compuso una mueca en las sombras.

—Han sido dos preguntas, nena. Respecto a la primera te diré que si cambié de actitud se debe a que también cambió la entonación de tu voz, ahora es más serena..., casi dulce. En cuanto a la segunda pregunta, sigues siendo tan sospechosa como al principio. Lo que sucede es que no puedes escapar y resultará fácil comprobar si has dicho la verdad. Llegará el momento de mostrarme duro o cariñoso, no te preocupes.

Paula Head se mordió el labio inferior llena de ira, aquel aire de perdonavidas que adoptaba Roy Lansbury cuando se proponía resultar antipático la sacaba de quicio. Durante más de un kilómetro caminaron en silencio.

Luego lo rompió Roy, preguntando:

—¿Pediste permiso a tu esposo para cabalgar de noche por el desierto, Paula?

—Soy soltera.

—¿De veras?

—¿Tan extraño es eso?

—¿Cuál es la índole de tu trabajo, Paula?

—Me gano la vida como secretaria particular del señor Lozano. Y es un empleo con el que estoy muy contenta.

—Tino Lozano parece un buenazo.

—Lo es —replicó ella levantando la cabeza—. Dicen que detrás de toda persona con fortuna existe un pasado turbulento. Puedo asegurar que no es el caso de Constantino Lozano, Roy.

El agente del FBI rió abiertamente.

—Vaya, por fin.

Paula ladeó la mirada, extrañada.

—Por fin..., ¿qué?

—Me has llamado Roy.

—Dijiste que era tu nombre y podía llamarte por él, ¿no? Después de todo, la juventud de hoy en día sube sin demasiado protocolo.

Las luces de la quinta donde se celebraba la fiesta de disfraces apareció ante ellos cuando aún les faltaba un buen rato para llegar a ella. Resplandecía como una luminaria en el desierto.

Roy sugirió:

—Podemos tomarnos un descanso si lo deseas, Paula.

—Me sobran fuerzas para llegar.

—Mejor es así —asintió Roy—. Si nos detenemos, este airecillo se nos acabará metiendo en los huesos.

Tal como había dicho la muchacha llegó bien a la finca de los Lozano, algo cansada, lógicamente, pero no exhausta. Roy no tuvo necesidad de ayudarla.

Tan pronto aparecieron en el jardín vieron que los invitados charlaban excitados bajo los potentes focos. Formaban grupos, gesticulaban sin cesar. Ninguno de ellos tomaba un baño, jugaba al tenis ni al minigolf. Estaban galvanizados por un hecho que indudablemente había ocurrido.

Roy los observó frunciendo el ceño.

En eso salió Larry Wyman de la casa y se dirigió en línea recta a él cruzando por entre los excitados asistentes a la fiesta. Se detuvo frente a su compañero y se disponía a hablar cuando reparó en la mirada de Paula Head.

Cogió a Roy por un brazo y se alejó con él unos pasos.

—Esta vez el cadáver es auténtico, Roy.

Lansbury arrugó la nariz.

—¿Qué demonios tratas de decirme, Larry?

—Que tenemos un fiambre verdadero entre las manos. Mientras estuviste fuera, han liquidado limpiamente a uno de los invitados. Un afeitado en seco perfecto, chico.

Paula Head, la atractiva joven de rubios cabellos en corta melena, disfrazada de paje, observó la palidez que cubría el rostro de Roy Lansbury a causa de lo que iba diciendo el otro hombre. Torció los labios gordezuelos y en sus azules ojos hubo un destello de desasosiego.

CAPÍTULO V

El cadáver se hallaba boca arriba tumbado en su propio lecho. La muerte le había llegado por sorpresa a juzgar por la expresión de infinito asombro plasmada en el blanco semblante. Un tajo perfecto en el cuello que le había seccionado la yugular.

Roy apartó la mirada del cuerpo inerte y se ladeó a Wyman.

—¿Quién era?

—Rubén Merrit.

—¿Casado?

—Sí, su esposa Dinah ha tenido que ser sacada a la fuerza de aquí, ahora tratan de consolarla Marisa, Amparo y las restantes mujeres.

—¿A qué se dedicaba Merrit?

—Era agente de bolsa en Nueva York.

—¿Y vino desde el Este a disfrazarse de Ulises y que le cortaran el cuello?

—El y Dinah se hallaban de vacaciones —explicó Tino Lozano con aquella voz bien modulada que poseía—. Carmen ha sido muy bien recibida por ellos cada vez que ha ido a Nueva York.

Roy se masajeó el mentón, pensativo.

—El asunto se empieza a complicar —murmuró como hablando consigo mismo. Luego levantó la mirada a su compañero—. ¿Has llevado a cabo las diligencias preliminares? Como Larry le mirara un tanto extrañado, aclaró Roy:

—Me refiero a que si has iniciado la investigación.

Ya me hago cargo de que no puedes avisar al forense ni al fiscal del distrito, hombre.

Larry movió la cabeza afirmativamente.

—Estuve haciendo algunas preguntas y obtuve respuestas, Roy.

—¿Existe sospechoso a la vista?

Larry Wyman se rascó la nuca.

—Hay un fulano que no me gusta ni un pelo, Roy. Va disfrazado de vampiresa en bikini con rubia peluca y todo. Oculta los ojos tras unas gafas de sol y hasta se pinta los labios.

Tino se adelantó, diciendo:

—Es Chimo Corell, Roy. Un hombre honrado donde los haya. Tiene una tienda de ropas en el Nogales mexicano, con la que se gana bien la vida. Su mujer no ha podido venir a la fiesta y él ha querido ser original y gracioso presentándose disfrazado de vampiresa. Eso no tiene que convertirlo en sospechoso.

Roy miró a su compañero.

—¿Qué dices tú, Larry?

Wyman emitió un gruñido.

—Ese tipo no me gusta a pesar de todo. Cuando le pregunté que dónde había estado le dio un revoleo al brazo y después de ponerse una larga boquilla en los labios, me sonrió insinuante.

Tino Lozano intervino de nuevo:

—Chimo es un hombre serio habitualmente. Pero cuando está de broma es tremendo.

—Está bien —exclamó Roy—. Luego echaré un vistazo a ese sujeto y juzgaré por mí. ¿Quién encontró esta vez el cadáver?

Lozano siguió hablando:

—Su propia esposa. Todos nos quedamos un buen rato en el salón después de tu marcha. Finalmente, algunos comenzaron a salir de allí. Rubén padecía de los nervios y tomó un calmante, diciendo que se retiraba a descansar. Cuando unos diez minutos más tarde subió a verlo la pobre Dinah... Debió ser espantoso encontrarlo en estas condiciones.

—¿Tienes apuntados los nombres de las personas que habían abandonado el salón, Larry?

—Por supuesto.

—Ahora quiero que entre tú y Tino hagáis un poco de memoria de todo lo que ocurrió después de mi marcha. Tal vez podamos llegar al culpable por el proceso de eliminación.

Larry carraspeó.

—No estamos aquí para atrapar a un criminal, Roy. Hemos de identificar a unos espías, ¿no?

—Seguro, compañero. Y puedes tener la seguridad que una cosa nos llevará a la otra, de todas formas, estoy dispuesto a escuchar sugerencias, Larry.

Wyman tardó un poco en hablar:

—A Merrit no se lo han cargado esos espías que andamos buscando, Roy, apuesto doble contra sencillo.

Roy Lansbury arqueó las cejas.

—¿No?

—¿En qué podría beneficiarlos? Al cometerse un segundo crimen lo lógico es avisar, oficialmente, a la policía. Y eso es precisamente lo que les puede estropear el plan.

Roy miró unos segundos a su compañero con una sombra de duda en los ojos. Finalmente dio una lenta cabezada, reconociendo:

—Tu teoría puede ser buena, Larry, de todas maneras..., ¿tienes apuntados los nombres de las personas que se largaron del salón antes de la muerte de Merrit?

Larry extrajo un papel del bolsillo y fue leyendo:

—Chimo Corell, Roberto Ocaña, María Rosa Moreno, Prudencio Moreno, Helen Reagan, Forrest Reagan, Rhonda Stapleton, Gary Stapleton y Lona Marshall.

—Nueve personas entre las que debemos buscar al asesino de Merrit. ¿Y los restantes qué hacían?

—Joaquín y Segundo organizaron una timba de póquer. Se ve que les gusta más el juego que a los gatitos chicos la leche. Por lo menos durante las vacaciones.

Tino se introdujo entonces en la conversación de los dos jóvenes y mirando a Wyman dijo gravemente:

—Se ha olvidado de mencionarme a mí, Wyman. Yo también abandoné el salón.

Hubo un corto silencio y dijo Roy:

—Según nuestros jefes, eres de absoluta confianza, Tino —hizo una pequeña pausa y añadió—: Salgamos de aquí. Me está poniendo enfermo ver a Merrit con la garganta abierta.

Caminando hacia la salida seguido de los otros dos, completó:

—De momento puede servirle a Merrit su propia habitación como depósito de cadáveres. Pero si en veinticuatro horas no hemos solucionado el asunto, habrá que dar parte para que se hagan cargo de él.

Tan pronto salieron al pasillo se llevaron una sorpresa.

Gary Stapleton se hallaba plantado en el centro del corredor con su arrogante uniforme de almirante Nelson. Tenía el mentón erguido y pidió a Roy:

—Quisiera hablar a solas con usted, teniente Lansbury.

El joven le escrutó el rostro.

—Puede hablar aquí, Stapleton.

El otro negó dando una firme cabezada.

—Es confidencial, teniente.

Larry Wyman hizo una leve señal al propietario de la casa y ambos se fueron, descendiendo al salón.

Al quedar solos, Stapleton miró a un lado y a otro receloso. Luego se aproximó más a Roy y preguntó quedamente:

—¿Quiere saber quién ha matado a Merrit, teniente?

Roy no pudo ocultar la sorpresa que las palabras del dirigente del FBI le producían.

—Seguro que sí, Stapleton.

Su oponente dejó escapar una incipiente risita y acabó diciendo con énfasis:

—Tino Lozano ha matado a Merrit, teniente.

El joven soltó un respingo.

—¿Cómo dice?

—Me hallaba en el jardín cuando le vi subir a las habitaciones por la parte trasera de la casa. Sólo tardó tres o cuatro minutos en regresar y traía el semblante demudado. Si le aprieta un poco las clavijas puede sacarle la verdad y dejar fuera de sospecha a los demás. Esta reunión ha sido una trampa, se lo aseguro.

Roy Lansbury se tironeó el lóbulo de la oreja.

—Habla de todo esto más tarde, Stapleton —dijo vacilante—. Y no comente con nadie cuanto me ha dicho, ¿conforme?

—Descuide, teniente. En el fondo aprecio a Tino y me duele descubrirle. Pero no es justo que un inocente pueda cargar con sus culpas. ¿No lo cree así?

—Desde luego, Stapleton, desde luego.

* * *

—¿Has comprobado ya mi coartada, Roy?

El joven contempló el atractivo semblante de Paula Head bajo

los focos de la pista de tenis. Descubrió en sus pupilas un destello burlón, pero prefirió ignorarlo y repasó las suaves curvas del cuerpo de la muchacha descaradamente.

—Te cae bien el disfraz de paje, nena. Pero creo que te caería mejor un camisoncito modelo «Tentación».

Ella rió mirándole al fondo de los ojos.

—También tengo ese disfraz, Roy. Sólo que únicamente lo uso cuando me voy a la cama.

Roy le soportó la profunda mirada sin pestañear.

—Me gustaría ver cómo te favorece, nena.

—¿De veras?

Roy depositó un beso en los dedos índice y pulgar entrecruzados.

—Te lo juro.

Hubo una pausa y, adelantando provocativamente los labios, aseguró risueña Paula:

—No puedo prohibir la entrada a la policía en mi habitación, Roy. Sobre todo si es de madrugada.

El joven dio una cabezada afirmativa sin dejar de mirarla.

—Allí estaré como un clavo para cumplir con mi obligación, guapa.

—No has contestado aún a mi pregunta, Roy —dijo de pronto ella—. ¿Te dijeron los criados si me avisaron de la reunión que convocaste?

—Lo está comprobando mi ayudante.

—No obstante, supongo que habrás interrogado al señor Lozano respecto a mí, ¿verdad?

—Un poco.

—¿Y qué te dijo?

—Considéralo un secreto, cariño.

Paula Head compuso un mohín de contrariedad.

—¿Secretos a estas alturas, Roy? Recuerda que puedo solicitar una orden judicial antes de franquearte la puerta de mi habitación.

—Está bien —masculló Roy—. Tino me ha dado informes inmejorables de ti. Te considera una chica moderna, desprovista de convencionalismos hipócritas. Y no puede relacionarte de ninguna manera con algo que sea delictivo.

Paula dibujó una sonrisa irónica.

—Conque una chica desprovista de convencionalismos, ¿eh?

—Quiso decir que no eres una de esas niñas tontas que aseguran no haber roto un plato en su vida —se apresuró a aclarar Lansbury—. Pero tampoco ha dicho que seas un lavavajillas estropeado.

Paula se pasó la mano por sus rubios cabellos.

—Siempre resulta interesante saber la opinión que tiene de una su jefe, ¿sabes, Roy?

—No se te ocurra decirle nada, ¿me entiendes? No me gustaría que me llamase bocazas.

Se estableció otro corto silencio y lo rompió el agente del FBI diciendo impaciente:

—Tengo que irme al salón, Paula, allí se están reuniendo diez personas a las que me interesa mucho interrogar. Una de ellas asesinó a Rubén Merrit.

Del rostro de Paula Head desapareció la sonrisa. Pasando súbitamente de la broma a la gravedad, dijo seria:

—Es horrible lo que está pasando, Roy. Si no descubres pronto el asesino...

El joven le palmeó la diestra.

Giró sobre los talones disponiéndose a marchar en dirección al salón principal de la quinta, cuando un alarido rasgó el aire de la noche. Y procedía exactamente del salón donde Tino Lozano se preocupaba de reunir a los nueve sospechosos apuntados por Larry.

Roy desenfundó su pistola y echó a correr.

CAPÍTULO VI

Roy irrumpió como una exhalación en la amplia y confortable sala, llevando la pistola por delante.

Se frenó bajo el dintel de entrada y boqueó asombrado.

Próxima al último peldaño de la escalera que llevaba al piso superior, se hallaba de bruces Pipi Calzaslargas. Y el pirata que jugaba al tenis aquella tarde, la ayudaba a levantarse.

—¿Qué ha pasado aquí, infiernos? —rugió mirando a su alrededor como una fiera.

Chimo Corell, el tipo disfrazado de vampiresa ligera de vestimenta, se contoneó dejando escapar una risita sarcástica.

—María Rosa siempre encuentra la manera de llamar la atención.

Roy soltó un resoplido y guardando la pistola se acercó al pirata y a Pipi.

—¿Quieren decirme lo que ha ocurrido?

Pipi Calzaslargas, una rubia algo delgada, pero de rostro interesante y cuerpo nada desdeñable a pesar del disfraz que no la favorecía demasiado, dijo agresiva:

—¿Acaso no lo adivina, teniente? Tropecé y descendí rodando la escalera.

—¿Y por eso chilló como si la estuviesen matando, condenación?

—¿Qué quería? —lo desafió ella poniendo los brazos en jarra—. ¿Qué me pusiera a reír? No me ha hecho ninguna gracia rodar siete u ocho peldaños.

El pirata, de grueso mostacho y ojos adormilados, dirigió a Lansbury una apática mirada.

—Ha podido quebrarse un hueso, teniente.

—Pero no ha sido así, ¿verdad? —preguntó Roy a María Rosa—. ¿Se encuentra bien?

—Sólo regular, polizonte. Se me pasará si descanso un rato mientras nos echa el rollo.

Chimo Corell volvió a interferir, comentando sarcástico:

—Mala hierba nunca muere, teniente. María Rosa es de esas mujeres duras como una roca y con más tablas que Frank Sinatra. Si a eso añade una buena dosis de inteligencia...

Prudencio se dirigió ceñudo a Chimo Corell.

—Te voy a partir la jeta de marica que tienes, Chimo.

Corell se desprendió con un rápido movimiento de la peluca, las gafas oscuras y la larga boquilla que formaba parte del disfraz. Crispando los puños advirtió en tono helado:

—No te confundas, Prudencio. Soy tan macho como el primero, ¿lo entiendes? —Su voz hasta entonces burlona y falsamente afeminada, se tornó dura como el granito—. Si escogí este disfraz fue porque me sé lo suficiente hombre y no tengo complejos.

Prudencio se había detenido a unos pasos de él y lo miraba rencorosamente.

Al ver que no seguía avanzando, invitó frío Chimo:

—Anda, Prudencio, ven a partirme la jeta.

María Rosa intervino desde el sillón en el que había tomado asiento:

—Déjalo en paz, Prudencio. No vale la pena que te ensucies las manos con ese sujeto.

Prudencio apuntó al transformado Chimo Corell, con el índice extendido y amenazó torvo:

—No vuelvas a hacerte el chistoso o lo sentirás, Chimo. Tus bromas me caen gordas.

Corell se disponía a responder despectivo, pero lo cortó Roy haciendo un brusco ademán.

—¿Es que aquí pinto menos que un troglodita en un papel de barba o qué? ¡Que todo el mundo se calle!

Roberto Ocaña, el individuo disfrazado de pastor, aprovechó el silencio que se hizo para bostezar.

—Tenemos sueño, teniente. ¿Será muy largo el rollo?

Roy se giró a él fulminándolo con una mirada.

—Puede que estemos aquí toda la noche, ovejero. Y puede

también que sea lo más conveniente para ustedes. Por lo menos evitarán que les den una pasada por el cuello.

Roberto Ocaña se pasó la mano por la garganta en gesto instintivo y farfulló malhumorado.

—Si por lo menos se puede sacar un buen reportaje del asunto... Roy arqueó las cejas.

—No me diga que es periodista, Ocaña.

—¿Hay alguna ley que lo prohíba, teniente?

Tiño Lozano informó desde el sillón que ocupaba:

—Roberto es periodista aunque actualmente no trabaja como tal, Roy. Ocupa un alto cargo en el Gobierno y eso le impide desempeñar su verdadera vocación.

—Pero no dejaré escapar esta ocasión si viene a mis manos —dijo Ocaña con firmeza—. Este caso puede ser un filón.

El agente del FBI redobló su interés por el hombre disfrazado de vulgar pastor. Por Carmen Lozano había sabido que Ocaña se presentó en la fiesta arrastrando una oveja para dar un toque de humor a su personaje.

Un alto cargo del Gobierno podía ser muy bien el hombre dispuesto a vender un secreto.

Tras un corto silencio, paseó Roy Lansbury la mirada por todos los reunidos y empezó a decir sin prisas:

—Ya saben que se ha cometido un nuevo crimen y por lo tanto, lo lógico, es darle carácter oficial a nuestra presencia en la finca. Tino y yo hemos pensado en avisar al *sheriff* de Nogales y que éste colabore con el sargento Wyman y conmigo. Eso les acarreará problemas y será imposible evitar el escándalo. Porque de una cosa podemos estar completamente seguros —hizo el joven una pausa voluntaria para luego añadir duramente—: Entre ustedes diez se encuentra el asesino de Merrit.

Después de las palabras de Roy, un pesado silencio gravitó sobre los allí congregados. Se miraron unos a otros y finalmente tragó saliva Gary Stapleton objetando:

—Usted y yo estuvimos hablando, teniente.

Roy le dirigió una fría mirada.

—En efecto —cabeceó—. Usted me facilitó un informe que...

El rostro de Stapleton se coloreó intensamente y barbotó colérico:

—¡Cuanto le dije era confidencial, teniente!

El joven rió burlón.

—No se preocupe, Stapleton, no pensaba mencionar ningún nombre.

Muchos pares de ojos se clavaron en Gary Stapleton. Incluso su propia esposa lo miró extrañamente unos instantes. Roy forzó una sonrisa y se tocó la frente con el índice.

—Su informe lo tengo archivado aquí, Stapleton —añadió—. Será comprobado a su debido tiempo. Pero no me pase un capote por delante de los ojos porque no soy un toro de lidia.

Stapleton prefirió hundirse en el sillón y guardar silencio.

Entonces, inquirió Helen Reagan:

—¿Cómo puede estar seguro de que entre nosotros diez se encuentra el asesino, teniente Lansbury?

—Es muy sencillo, señores. Cuando murió Merrit sólo ustedes se hallaban fuera de la reunión. Los restantes invitados se encontraban todos juntos.

Forrest Reagan intervino en apoyo de su esposa:

—En ese caso puede descartar a tres de nosotros, oficial. Helen, Lona Marshall y yo estábamos charlando junto a la piscina. No nos separamos ni un momento.

Roy dirigió una ojeada a la morena disfrazada de Cleopatra.

—Usted es Lona Marshall, ¿no?

—En efecto.

—¿Es cierto lo que acaba de decir el señor Reagan?

—Por supuesto. Estuvimos todo el rato charlando mientras paseábamos en torno a la piscina.

—¿Serían capaces de escribir el tema de la conversación por separado?

Reagan se incorporó, congestionado el semblante.

—¿Qué infiernos está insinuando, teniente?

Roy respondió tranquilo:

—Tome asiento y no se altere, Reagan.

—¡Si está pensando que nosotros hemos sido los asesinos es usted un cerdo, Lansbury! Larry Wyman hacía unos minutos que había entrado en la estancia y asistía a la reunión situado detrás de los invitados, ante la violenta reacción de Reagan sintió la alegría inusitada de convertir en realidad un sueño; zurrarle a un jefazo del

FBI.

De dos zancadas se colocó a su lado y le aplicó un manotazo en la nuca, tirándolo contra el asiento.

—Tranquilo, Napoleón.

Reagan trató de incorporarse rojo de ira.

—¡Oiga...!

Larry le puso las zarpas sobre los hombros, manteniéndolo aplastado en el asiento.

—Calma o vas a verte en Waterloo, hombre.

Roy hizo una señal a Wyman.

—Entrega una hoja de papel a cada uno de ellos, Larry. Y en cuanto a ustedes..., les ruego tengan la amabilidad de escribir el tema de la conversación que sostuvieron junto a la piscina, alejados lo suficiente entre sí, por favor.

Las dos mujeres y sobre todo Reagan, fulminaron al joven con los ojos. Sin embargo, cogieron las hojas que les entregó Wyman y apartándose unos pasos en distintas direcciones, escribieron en el papel con ademanes nerviosos.

Roy pidió a Wyman:

—¿Quieres traerme esos papeles, Larry?

El falso sargento se encargó de recoger las hojas escritas y se las llevó a Roy.

Todas las miradas se hallaban pendientes de Lansbury, anhelantes por conocer el resultado de la prueba. El agente del FBI leyó lo escrito en los papeles con movimientos parsimoniosos. Tardó interminables segundos en levantar la cabeza y anunciar, mirando fríamente a Reagan y las dos mujeres.

—Quedan ustedes detenidos por el asesinato de Rubén Merrit.

Reagan soltó un respingo y se levantó lívido el semblante.

Después de unos instantes, pudo bisbisear:

—¿Se ha... vuelto loco?

Lansbury denegó moviendo la cabeza.

—En absoluto, Reagan —a continuación dijo a los otros—: Ustedes pueden irse a dormir, señores.

CAPÍTULO VII

Carmen Lozano posó los grandes y oscuros ojos en Lansbury.

—Todavía no puedo comprender ese golpe teatral, Roy. El tremendo susto que se llevaron los tres... Helen y Lona se pusieron pálidas como la cera.

En el despacho de Tino, se hallaban reunidos los dos agentes del FBI con el matrimonio Lozano.

Roy sonrió a Carmen.

—Después les he pedido disculpas. No tuve otro remedio que hacerlo alegando que leí mal lo escrito.

—Sigo sin comprender.

—Me interesaba más observar la reacción de los otros que culpar a esos tres invitados vuestros. Presté especial atención a Chimo Corell, Gary Stapleton y Prudencio Moreno.

Tino arrugó el ceño.

—¿Por qué ellos precisamente?

—Porque el tajo en el cuello de Merrit, fue dado por una mano zurda. Y ellos son los únicos tres zurdos entre los diez sospechosos.

La mirada de Carmen fulguró.

—Al decir diez incluyes a Tino, ¿no?

Roy rió burlón.

—Según Stapleton, Tino ha sido la persona que asesinó a Merrit. Me lo comunicó confidencialmente. Dice que lo vio subir a las habitaciones penetrando por la parte trasera y cuando regresó tenía el rostro demudado.

Carmen apretó los dientes.

—¡Ese canalla...! Decir que mi Tino...

—Stapleton tiene algo de razón —dijo de pronto Tino Lozano, haciendo que los otros se giraran a él, sorprendidos—. Estuve arriba

y descubrí el cadáver antes de que lo hiciera Dinah.

Tino se mostraba abatido, hundida la cabeza entre los hombros. Carmen lo miraba incrédula.

En cuanto a Roy, inquirió inexpresivo:

—¿Por qué lo ocultaste, Tino?

—No lo sé —murmuró éste sacudiendo la cabeza—, de repente se apoderó de mí un pánico incontenible. Merrit era un muerto de verdad y por unos instantes creí que su asesino estaba todavía oculto cerca de allí. Corrí como un loco alejándome de aquel lugar.

Carmen se aproximó despacio a él y tomando asiento en el brazo del sillón, le cogió la cabeza entre las manos.

—Pobre Tino.

Larry intervino, preguntando:

—¿Por qué no lo comunicó al serenarse, Lozano?

—No tuve tiempo, apenas había conseguido tranquilizarme cuando apareció Dinah gritando horrorizada. Yo entraba en aquel momento en el salón y...

Se hizo un prolongado silencio que ninguno de los reunidos se atrevió a romper. Transcurrieron lentamente los segundos hasta que finalmente, dijo Carmen brillantes las pupilas:

—No creerán que Tino es el asesino, ¿verdad?

Roy dibujó una sonrisa en los labios mirando al matrimonio.

—Para mí es buena la explicación de Tino, Carmen. No lo considero en absoluto sospechoso.

Ella lo envolvió en una cálida mirada.

—Gracias, Roy.

—No hay de qué. La verdad es que estamos dando palos de ciego esperando que la gente que nos interesa cometan un error. Es lo único que podemos hacer.

Larry inquirió adelantando el mentón en gesto escéptico:

—Explícate, genio.

—Les he dicho que pensamos avisar al *sheriff* y eso llenará la casa de policías. Si ya se ha llevado a cabo la transacción el espía receptor tratará de abandonar esta finca por todos los medios. Caerá sin remisión en el cerco que mantienen nuestros colegas en torno a la finca.

—¿Y eso nos beneficia?

Roy encogió los hombros.

—Por lo menos no nos perjudica. Que el inspector jefe Harlan Niven, se las apañe luego para hacerlo cantar. Nosotros dos, poco podemos hacer para mantener bajo estrecha vigilancia a tanta gente.

—¿Y si no han realizado la transacción?

—En ese caso, la persona que tiene en su poder los documentos secretos, estará más nerviosa que el rabo de un chivo.

—Tanto, que incluso puede llegar a destruirlos. Seguro que te pasó por alto esa posibilidad, Colombo.

—No, chico —rió Lansbury—, al parecer esos documentos secretos tienen un valor incalculable. No es fácil que la persona que los posea se deshaga de ellos, sabiendo que puede sacar una buena tajada.

Tino levantó la cabeza hacia ellos.

—Se puede cometer un nuevo crimen.

—No, Tino —dijo Roy—. Seguro que todos los que están durmiendo tienen la puerta de la habitación bien atrancada. Ya nadie se fía ni de su sombra. Hasta es posible que algún marido ate a su esposa antes de echarse a dormir, a propósito..., ¿dónde está Dinah Merrit?

Carmen Lozano informó:

—Le dije que durmiera en la habitación de Paula. La secretaria de Tino es una gran chica y cuidará de ella. Se mostró encantada de colaborar.

Roy arrugó el ceño, recordando de repente su cita con la rubia de bellos ojos azules. Enseñó los dientes a Carmen en agria sonrisa.

—¿Eso dijo?

Carmen ladeó la cabeza extrañada.

—Sí..., ¿acaso hice mal solicitando a Paula que cuidara esta noche de Dinah?

—¡Qué va! —masculló Roy—. Después de todo, sólo llevo dos meses sin...

Larry volvió a la carga al ver que su amigo no terminaba la frase:

—¿Pudiste observar alguna reacción en Chimo, Stapleton y Prudencio al anunciar la detención de Reagan y las dos mujeres?

—Algo pude ver en sus ojos, a uno de los tres le tembló un tic nervioso en el párpado del ojo izquierdo.

—¿A quién?

—Gary Stapleton. Desde luego reconozco que no se puede culpar a nadie por eso.

—Y Chimo y Prudencio, ¿cómo reaccionaron?

—Se quedaron impertérritos.

—Lo que tampoco significa gran cosa, ¿no?

Roy dio unos pasos por la estancia.

—Maldita sea... Ya he dicho que estamos dando palos de ciego hasta que los espías cometan un error —barbotó malhumorado, pensando en el plan que se le había ido al traste con la rubia Paula

—. Dime tú lo que podemos hacer.

Larry se masajeó el cuadrado mentón.

—Un espía rara vez comete un error, Roy.

—¡Lo sé!

—Está bien, está bien —mostró las manos extendidas ante él, Wyman—. No te sulfures, hombre.

Roy consultó su reloj.

—Será mejor que nos vayamos a dormir un rato, apenas si faltan dos o tres horas para que amanezca.

Los otros, aceptaron de inmediato la sugerencia de Lansbury y se dispusieron a abandonar el despacho.

Cuando llegaron al salón desde donde arrancaba la escalera que llevaba a las habitaciones, hizo Roy una indicación a su compañero, señalando a los Lozano.

—Ve con ellos y asegúrate que se quedan a salvo en su habitación, Larry.

—Descuida.

Al quedar solo se dejó caer el joven en uno de los sillones.

Apenas si había transcurrido un minuto cuando escuchó pasos cautelosos en la terraza exterior.

Alguien rondaba por allí.

CAPÍTULO VIII

Roy se mantuvo inmóvil donde estaba.

El respaldo del sillón lo ocultaba a cualquier persona que mirara al interior desde el ventanal.

Con lentos movimientos extrajo la pistola y la sostuvo sobre el regazo, tensos como resortes dispuestos a saltar los músculos.

Escuchó que la puerta que daba a la terraza se abría sigilosamente, pero todavía aguardó un poco. Hasta que sintió aquellos pasos en el interior del salón, muy próximos a él.

De pronto saltó girándose velozmente.

El agudo chillido de dos mujeres se le metió por los oídos y casi lo dejó sordo, ante sí tenía los rostros aterrorizados de Marisa Jiménez y Amparo Montes. Ninguna de las dos había podido contener el grito de terror al verlo aparecer súbitamente delante de ellas.

Detrás de las mujeres, gruñó hosco Segundo Jiménez:

—¿Desde cuándo se dedica a pegarle sustos a las mujeres, gilipueñas?

Roy le dirigió una ceñuda mirada.

—Cuidado con la lengua, loquero.

—¿Acaso encuentra chistoso darnos el susto padre? ¿Por qué no se larga a hacer de polizón a otra parte?

La cuarta persona que se encontraba ante Roy, Joaquín Montes, apoyó a su amigo Segundo:

—¿A qué viene apuntamos con esa pistola, teniente? ¿No se da cuenta que ya nos asustó bastante?

Lansbury apretó los maxilares y sus pupilas destellaron fijas en el cuarteto.

—Ya hablaron demasiado, amigos. ¿De dónde vienen?

Marisa ya se había recuperado de la impresión sufrida y enseñó las uñas engarfiadas a Lansbury.

—Escucha, nene; si te pones a darme otro susto como éste, te pego un zarpazo en la cara que no te reconoce ni tu madre.

Roy se la quedó mirando.

Era una mujer pelirroja de elevada estatura, casi tan alta como su marido, a pesar de eso poseía un cuerpo perfectamente proporcionado a su altura.

En el momento en que iba a responderle apareció Larry Wyman en lo alto de la escalera y comenzó a descender, saltándose los peldaños a tres y cuatro, al llegar al último se detuvo en seco sin saber qué hacer con la pistola que empuñaba.

—¿Dónde está la muerta, Roy?

—No hay muerta.

—¿Cómo que no? Yo escuché un grito desgarrador...

—Fueron dos.

Larry Wyman boqueó atónito.

—¿Dos muertas?

—Dos gritos al unísono, maldita sea. Ya te he dicho que no hay muerta, Larry.

—¿Y qué hacen estos cuatro aquí, Roy?

—Eso es lo que intentaba averiguar si me dejás.

Amparo Montes, una mujer de serena belleza y elegancia natural, incluso vestida de Zoraida, se adelantó a la pregunta que pensaba formular otra vez Lansbury:

—Estuvimos charlando mientras tomábamos el fresco en el jardín, teniente. Mi marido y Segundo, son íntimos amigos y tienen escasas ocasiones de verse. Cada vez que se encuentran nos pasamos las horas conversando o jugando al póquer. Siempre nos amanece.

Roy se tironeó el lóbulo de la oreja.

—Conque charlando a estas horas, ¿eh?

Segundo se adelantó un paso.

—¿A qué horas marca la ley que se debe hablar con los amigos, teniente Lansbury? Lo digo para tenerlo en cuenta la próxima vez.

Joaquín dio un despectivo manotazo al aire.

—No le hagas mucho caso, Segu.

Roy los miró a ambos sin desarrugar el entrecejo.

—No me gustan ustedes, ¿comprenden?

Segundo dejó escapar una risotada.

—¡Toma éste! —exclamó regocijado—. Si le gustáramos es porque sería de nacionalidad desconocida, ¿eh, teniente?

Roy avanzó cerrando el puño izquierdo.

Pero Amparo anduvo lista en situarse entre el joven y Segundo. Levantó la mirada a él y pidió con entonación suplicante:

—Déjelos, teniente. Joaquín y Segundo se encuentran algo... indispuestos, ¿me entiende?

—Entiendo que llevan encima una papelina como un piano, señora —respondió conteniéndose Roy—, anden, lleven a sus maridos a dormir y tengan la precaución de cerrar bien las puertas.

Joaquín echó a andar tambaleándose hacia la escalera seguido de Segundo y las dos mujeres, al llegar a ellas se giró Montes, y su esposa no pudo evitar el corte de mangas que le dirigió al agente del FBI.

Luego empezó a subir los escalones gateando.

Segundo se disponía a imitar el ademán de su amigo, pero Marisa logró sujetarle el brazo y silabeó furiosa:

—Ya está bien por esta noche, papá.

El cuarteto se perdió escaleras arriba y lo último que pudieron escuchar Larry y Roy fue:

—¿No te comerías ahora una sandía, Segu?

Los dos agentes del FBI quedaron solos en el salón, pero enseguida apareció el mayordomo en el hueco de la puerta que daba a las dependencias interiores.

—¿Desean tomar algo los señores?

—No, Jim —replicó Roy—. Lo que deseamos es estar solos.

—Lo que ordenen los señores. Sin embargo, debo notificarles que mi nombre es Berrie.

—De acuerdo, Berrie. Puedes irte a dormir.

—Gracias, señor. ¿Apagarán ustedes las luces del salón?

—Vete tranquilo.

El criado desapareció y señaló Roy un butacón a su compañero.

—Toma asiento, Larry.

—Tengo sueño, Roy.

—Olvida eso, muchacho —dijo Lansbury, sentándose cerca de Wyman—. Vamos a pensar un poco a ver si conseguimos llegar a

algo positivo, a veces surge la chispa donde menos se espera.

—Podríamos hablar mañana, Roy.

—Ahora.

Larry suspiró resignado y se derrumbó en el sillón.

—De acuerdo.

—Haremos elucubraciones para ver si...

Larry levantó la diestra y lo interrumpió chasqueando la lengua.

—No cuentes conmigo para hacer porquerías, muchacho. Los de Dakota del Norte somos brutos, pero honrados.

—Elucubración es trabajar, so penco; llegar a un resultado, a una consecuencia. ¿Qué habías pensado, animal? Lo que quiero es que nos estrujemos el cerebro para poner un poco de orden en todo esto. Si comenzamos por emplear un sistema de eliminación, es posible que obtengamos una pista, un inicio aunque sea.

Después de mesarse los cabellos, dijo Wyman:

—Adelante, Roy.

—Saca la libreta y ve apuntando.

Larry hizo lo que le indicaba su compañero y sujetándose las sienes con la yema de los dedos, empezó a decir meditabundo Lansbury:

—Puedes comenzar borrando de la lista a esos cuatro que acaban de subir. No se separan ni un momento y por su aspecto no me parecen sospechosos en absoluto. También puedes eliminar a Javier y a Carmina Villa, así como a María Dolores Ocaña.

—¿El monaguillo?

—Exacto. Todos ellos se encontraban reunidos aquí cuando acabaron con Merrit, de la misma manera podemos quitar a Kevin Marshall, Paula Head y Gene Look.

Larry levantó la mirada del bloc.

—Yo no quitaría a ese fulano, Roy.

—¿Por qué?

—Estuve haciendo averiguaciones sobre él. He sabido que es soltero y que se gana la vida como decorador. Has podido observar que su disfraz de Otelo es casi perfecto, ¿no? —¿Y eso qué tiene que ver?

—También habrás observado que hasta el momento ha procurado pasar desapercibido siempre. En ningún instante ha intervenido en las discusiones. Como si no le interesase que nos

fijáramos en su persona.

—No obstante se hallaba aquí cuando se cargaron a Merrit.

—Yo no pienso en él como asesino, sino más bien como espía, Roy. Insisto en mi teoría de que el criminal y los espías pueden estar desconectados entre sí.

Hubo un silencio y movió la cabeza Lansbury.

—Muy bien, Larry, deja a ese sujeto en la lista. Sin embargo, estimo que se debe apartar a María Rosa Moreno. Es una mujer demasiado inteligente para hallarse metida en este sucio tinglado.

Larry compuso una mueca.

—En realidad tienes en mente ya a tu sospechoso principal, ¿eh, Roy?

—En efecto.

—¿Gary Stapleton?

—Exacto. Creo que es el individuo que tiene en su poder los documentos. Para mí, sólo falta demostrarlo y encontrar al espía receptor. Y debe encontrarse entre los hombres que han venido de México y por lo tanto regresarán mañana a su país.

—¿Chimo Corell, Roberto Ocaña y Prudencio Moreno?

—Descarta a Roberto puesto que es compatriota nuestro a pesar de su nombre. —Entonces sólo nos quedan dos, Roy. ¿Posees un motivo especial para eliminar a las mujeres de la lista de sospechosos? Creo que te has precipitado en borrarlas, amigo. Tanto María Rosa Moreno, como Helen Reagan o Lona Marshall, pueden ser perfectamente el espía receptor. Utilizar a una mujer como espía es algo muy viejo.

Roy dejó escapar un resoplido.

—No te falta razón, condenación. La verdad es que nos hallamos igual que al principio. Larry negó, dando una cabezada.

—Algo ha cambiado, Roy.

—¿El qué?

—Le abrieron la garganta a Rubén Merrit.

Roy se pasó la palma de la mano por el rostro haciendo un esfuerzo por hallar una salida en el callejón tenebroso en que estaban metidos. Sin embargo, ni el más leve rayo de luz destelló en su abotargado cerebro. Un asesino se había movido hábilmente y los espías a los que tenían que descubrir no daban un paso en falso.

Sólo Gary Stapleton, cometió el error de acusar a Tino Lozano.

Pero después de escuchar las explicaciones de Tino corroborando la denuncia de Stapleton, tampoco ese detalle servía puesto que éste había dicho una cosa que era verdad.

Soltando un gruñido se levantó del asiento.

—Será mejor irse a dormir —masculló rabioso—. Temo que vamos a fracasar en la misión, compañero.

Larry levantó una curiosa mirada hacia él.

—No me digas que ya te das por vencido, Roy.

—¿Tienes algo que pueda servir como punto de partida?

—La fiesta acaba mañana por la noche, ¿no?

—Eso creo.

—Entonces tenemos muchas horas por delante, Roy —aseguró risueño Larry—. Esa gente puede cometer un desliz en cualquier momento y lo importante es que podamos captarlo. ¿Piensas dar cuenta al *sheriff* del condado cómo dijiste?

—He decidido decir que Tino me convenció para que no lo hiciera. Puede servir para confiar en cierto modo a los que buscamos.

—Me parece acertado, pero...

En eso se escuchó un gemido en lo alto de la escalera y Larry se interrumpió.

Ambos jóvenes giraron la cabeza hacia allí y Roy sintió que la sangre se le helaba en las venas.

Asomada al último peldaño, echada de bruces en el suelo, Paula Head se arrastraba penosamente con el rostro contraído por el dolor.

Los dos agentes del FBI corrieron escaleras arriba y cuando llegaron junto a la tendida rubia pudieron ver la sangre que empapaba sus cabellos tras la oreja izquierda.

Roy se arrodilló cogiéndola entre sus brazos y la escuchó murmurar antes de que perdiera el conocimiento:

—Ha... sido horrible.

CAPÍTULO IX

Paula Head tomaba asiento en una de las camas de la habitación de los Lozano mientras Carmen le iba curando con sumo cuidado la brecha que tenía la chica detrás de la oreja izquierda.

Cuando hubo terminado, dijo Carmen:

—Por suerte, es más aparatosa que grave.

Tino, Larry y Roy, se encontraban también dentro de la estancia y preguntó el último a la chica:

—¿Crees que estás en condiciones de relatarnos lo ocurrido, Paula?

—Sí. Me duele terriblemente la cabeza, pero eso es todo.

—Entonces te conviene descansar un poco.

—No. Es importante que sepáis lo que ha sucedido, Roy.

El joven dio una lenta cabezada afirmativa.

—De acuerdo, nena, adelante. No hemos podido encontrar a Dinah Merrit por ninguna parte.

—Se la ha llevado Gene *Look*, Roy.

Los hombres allí reunidos cambiaron una mirada llena de extrañeza y pidió Lansbury:

—Explícate, Paula.

La muchacha comenzó a decir después de unos segundos:

—No podía conciliar el sueño. Incluso escuchaba la rítmica respiración de Dinah en la cama de al lado. Ignoro el tiempo que llevaba desvelada cuando de pronto advertí que alguien penetraba en la habitación utilizando la ventana.

—¿Pudiste reconocerlo?

—De momento no. Resultaba imposible dada la penumbra oscura que reinaba. Vacilé unos instantes, sobrecogida de pánico. Finalmente pude dominarme y decidí fingir que dormía. El intruso

se aproximó a mi cama para cerciorarse de que estaba dormida. Fueron unos segundos en los que sudé terror. Luego se dirigió a la cama de Dinah y comenzó a llamarla quedamente al tiempo que la zarandeaba con suavidad. Ella debió despertarse bruscamente y él le puso la mano en la boca para evitar el grito que Dinah estuvo a punto de proferir. La calmó diciendo: «Soy Gene, querida, no tengas miedo».

Las cuatro personas que rodeaban a la muchacha, se mostraban hondamente interesadas en el relato de ésta.

—Entonces se inició una discusión entre ambos. Hablaban susurrantes y por dos veces tuvo él que advertirla de mi presencia allí. Dinah estaba verdaderamente exaltada y reprochaba continuamente a Gene que hubiese matado a su marido. Decía que no había necesidad de haberlo hecho, pero él alegaba que no tuvo otra alternativa. Explicó que Rubén sabía lo de ellos dos y estaba decidido a rectificar el testamento a su regreso, aquello echaba por tierra todos los planes que habían concebido juntos. Dijo que ella heredaría todos los bienes y entonces podrían irse a Sudamérica.

Aprovechando una pausa de la muchacha, comentó Tino:

—Valiente pájara está hecha Dinah. Y parecía tan afectada por la muerte de Rubén, que todos llegamos a compadecerla.

Roy pidió grave:

—Sigue, Paula.

—El hombre vino de nuevo a comprobar si yo dormía todavía y entonces pude reconocerlo puesto que mis pupilas se habían habituado a la oscuridad. Era, en efecto, Gene *Look* y quedó convencido de que dormía profundamente. Volvió junto a Dinah e insistió una vez más en que no había tenido otra alternativa que matar a Rubén. Fue entonces cuando ella le dijo que todo había terminado entre ellos y que no deseaba volver a verlo jamás. Gene rió siniestramente, contestándole que no iba a resultarle tan sencillo, que él tenía las manos sucias de sangre y no estaba dispuesto a dejar escapar su parte. Se inició una violenta discusión entre ambos y pude vislumbrar que en la mano de Gene aparecía una pistola. Forzosamente, tuve que saltar de la cama, aproximándome a donde ellos se debatían, intenté sorprender al asesino de Merrit.

—Fuiste muy valiente.

—No tuve otro remedio que hacerlo, aunque forcejeaban en silencio, cada vez era mayor el mudo que producían y era imposible seguir fingiendo que dormía.

Roy señaló la herida en el cráneo de ella.

—Es evidente que no lo conseguiste, ¿no?

—Ya me encontraba cerca de él cuando Dinah debió verme y solicitó, espantada, mi ayuda. Eso fue contraproducente, ya que Gene se revolvió y al verme detrás de él, alargó el brazo y golpeó mi cabeza. Todo se convirtió en tinieblas en torno a mí. No obstante, antes de perder por completo el conocimiento, con el rostro contra la moqueta del suelo, pude escucharle decir: «Irás a reunirse con Rubén si no colabo...». No pude seguir escuchando, al recuperar el sentido apenas si tenía fuerzas para levantarme del suelo. Me costó un trabajo enorme conseguirlo y pude comprobar que estaba sola en la habitación. Quise pedir ayuda, pero volví a perder el conocimiento. Ignoro el tiempo que transcurrió hasta que de nuevo lo recuperé. Ni siquiera tenía fuerzas para incorporarme. Tuve que arrastrarme hasta...

Roy le puso la diestra en el hombro.

—Ya pasó todo, Paula, ahora debes tomar un calmante que te dará Carmen y trata de dormir unas horas.

Ella negó moviendo la cabeza.

—No podría conciliar el sueño, Roy —hizo una breve pausa y añadió—: Lo que han hecho Dinah y Gene es verdaderamente espantoso.

—Nos encargaremos de encontrarlos y pagarán sus culpas.

Larry Wyman sonrió ácido.

—Estos asuntos son tan viejos como el propio mundo, Paula. Han sucedido siempre y seguirán sucediendo.

Tino Lozano sugirió a Lansbury:

—Puedo despertar a la servidumbre y buscar a esos dos, Roy. Ya que los otros no parece que se hayan dado cuenta de lo que ocurre, estimo conveniente no alborotarlos por ahora.

Roy sacudió la cabeza.

—No hace falta la servidumbre, Tino. Me parece que en estos momentos Gene y Dinah se encuentran bastante lejos de la finca, además..., recuerda que va armado y es peligroso. —Después de un breve silencio agregó—: Estoy de acuerdo en que no se debe avisar

a los otros invitados. Quedaos aquí mientras Larry y yo vamos a tu despacho a telefonear. ¿Es línea directa?

—El teléfono color rojo es único en la casa, Roy. No tiene supletorio en otra parte.

—Entendido. Hasta dentro de un rato.

Ya encerrados en el despacho de Tino, Roy dijo:

—Ha resultado que tenías razón, muchacho. Parece ser que no existe relación entre los espías que andamos buscando y la muerte de Merrit.

—Eso complica el caso, ¿eh?

—Creo más bien que empieza a aclararlo. Desde hace horas andaba buscando en la mente una posible relación entre el crimen de Merrit y los malditos espías. Sin embargo, hay algo que me intriga.

—¿El qué?

—¿Cómo pudo matar Gene *Look* a Merrit, si Tino y tú, habéis coincidido en que no se movió del salón?

Larry se rascó perplejo la nuca.

—No lo comprendo.

—¿Estáis seguros de que no salió?

—Completamente. Precisamente me hallaba pendiente de él como ya te dije. No me gustaba en absoluto.

Roy se pasó la palma por el mentón.

—Eso sólo puede significar una cosa.

—¿Qué?

—Espera un momento.

Sin aclarar lo que estaba pensando descolgó el teléfono rojo y marcó un número. Tuvo que esperar escasos segundos para que le respondieran al otro lado.

—¿Sí?

—Aquí R y L —dijo el joven—. Ignoramos cuánto tiempo hace, pero ha escapado de la quinta un fulano llamado Gene *Look*. Lleva consigo a una mujer y va armado. ¿Ha llegado ya al cerco?

—Lo tenemos en nuestro poder, R y L. La mujer está herida, aunque no de consideración. ¿Qué desea saber?

—Gene *Look* es un asesino sin relación con el caso que nos ocupa. La mujer, Dinah Merrit, es cómplice de él, ahora me interesa saber el nombre de su otro cómplice, de la persona que actuando

bajo sus órdenes acabó con la vida de Rubén Merrit.

—Tendremos que interrogarlo al respecto.

—Hágalo. Espero su informe en este número. Tome nota.

Tras facilitar el número de teléfono de Tino Lozano, Roy colgó el aparato y se giró a su compañero, antes de que pudiera despegar los labios, inquirió Larry:

—Según parece, opinas que Gene *Look* tiene a un cómplice que actuó por él, liquidando a Merrit, ¿eh?

—No puede ser de otra forma.

Larry asintió moviendo la cabeza.

—Yo estaba pensando lo mismo que tú, Roy. Incluso llegaba más lejos en mis eculú..., ecucú...

—Elucubraciones.

—Eso. ¿Y si después de todo resulta que Stapleton no mintió?

—Y en efecto no mintió Stapleton —aprobó Roy—. Según las explicaciones de Tino, dijo la verdad.

—No me refiero a eso, Roy —vaciló Wyman—. Quiero decir..., ¿y si Tino no es tan inocente en realidad?

Lansbury lo miró pensativo unos instantes.

—No creo a Tino Lozano cómplice de Gene *Look*, Larry —dijo finalmente chasqueando la lengua—. No es la persona que necesite dinero que pueda heredar Dinah Merrit. Sólo tienes que fijarte en el valor de esta finca y te convencerás.

—Puede existir una mutua colaboración entre ellos. Tino ayuda a *Look* en lo de Merrit y éste, en correspondencia, le echa una mano en el asunto de esos documentos.

Roy le enseñó los dientes.

—Quieres volverme majara, ¿eh, Larry?

Se disponía a responder Wyman, cuando sonó el teléfono.

Roy alargó la mano y aproximando el auricular a su oído, pidió:

—Adelante.

Después de escuchar unas breves palabras, colgó de nuevo y se encaminó a la salida.

—Vamos en busca del asesino, Larry.

CAPÍTULO X

Berrie, el mayordomo de los Lozano, paseaba nervioso por su estancia pegando continuas chupadas al cigarrillo que sostenía entre los dedos. Ni el tabaco, ni los largos tragos de *brandy* que se soplaban cada vez que pasaba cerca de una mesita donde había una botella mediada de licor, lograban calmarlo.

Junto a la botella tenía una pistola.

Todo su nerviosismo venía de la falta de puntualidad que estaba demostrando Gene *Look*. Hacía más de una hora que debió venir a pagarle los cinco mil dólares que acordaron.

Consultó el reloj por enésima vez y estrelló el cigarrillo mediado en el suelo rabiosamente.

En eso sonaron unos suaves golpecitos en la puerta.

Berrie se encaminó rápido a ella y ya tenía la mano en el pasador dispuesto a franquear la entrada, cuando un sexto sentido pareció pegar un timbrazo en su mente.

Se mantuvo inmóvil junto a la hoja de madera y preguntó quedo:

—¿Quién es?

—Gene.

Berrie tuvo entonces la seguridad de que algo iba mal. En los contactos que había tenido con Gene *Look* siempre le llamó con cierto respeto por su apellido. Era lógico que la persona situada al otro lado de la puerta hubiese dicho, «*Look*» y no, «Gene».

Retrocedió hasta la mesita y empuñó firmemente la pistola.

Antes de volver a la puerta se metió otro trago de *brandy* entre pecho y espalda.

Luego se aproximó, cauteloso, a la entrada de la habitación y montando la pistola empuñó el pomo. Lo hizo girar y abrió

bruscamente protegiéndose tras la parte derecha del quicio.

Por el hueco no apareció nadie.

El silencio más absoluto reinaba en el pasillo.

Esperó tenso unos segundos sin que nada se alterara. Crispando los dedos en la culata de la pistola, resolvió:

—¿Quién anda por ahí?

Nadie contestó a su pregunta.

Adosado a un lado del quicio, sintió Berrie que un frío sudor rezumaba por todos los poros de su cuerpo. El pánico comenzó a hacer estragos en sus nervios y casi sollozante volvió a preguntar:

—¿Qué desea de mí? Usted no es *Look*.

Entonces respondió una voz en la oscuridad del pasillo:

—Soy el teniente Lansbury y he venido a detenerte, Berrie. Si quieres un consejo de amigo, es mejor que te entregues sin causar más daño. El juez te lo puede tener en cuenta si lo hago constar en mi informe.

Las facciones de Berrie se pusieron lívidas.

Moverse de allí para apagar la luz interior, suponía quedar unos segundos a merced de Lansbury. Miró enloquecido a un lado y a otro tratando de encontrar una salida a la situación.

Finalmente, se adosó aún más a la pared sin atreverse a dar un paso, de sus labios brotó algo semejante a un gemido y otra vez llegó a sus oídos la voz de Lansbury:

—Vamos, Berrie, ¿a qué esperas para arrojar el arma y entregarte? Hagas lo que hagas no tienes escapatoria. Para tu información te diré que Gene *Look* ha caído en nuestras manos y ha confesado de pleno. Dice que él sólo te ordenó asustar a Merrit, pero que a ti se te fue la mano.

El mayordomo apretó los dientes lleno de súbita ira.

—¡Maldito perro...!

—Si te entregas podrás enfrentarte a él y defenderte. Si por el contrario te resistes y tenemos que acabar contigo, *Look* puede salir con varios años de cárcel.

—¡El me pagó para que matara al señor Merrit!

—Tira la pistola al suelo, Berrie.

—No. No me cogerán vivo.

—De acuerdo, hombre. Hazle el juego a *Look* encima que te ha delatado el muy canalla.

Berrie sintió que una fría cólera se adueñaba de todo su ser. En un arrebató incontenible asomó el cañón de la pistola y disparó en dirección al lugar de donde procedía la voz de Lansbury.

Hubo un pesado silencio después del estampido.

Berrie se hallaba cada vez más nervioso. La frente perlada de heladas gotitas de sudor y el rostro contraído, desfigurado por la tensión del momento.

La voz de Lansbury sonó de nuevo en la oscuridad:

—Si sigues haciendo el idiota tendremos que acabar contigo, Berrie. Te ofrezco la última oportunidad de salir con vida de esto, anda, no me seas capullo y arroja el arma al suelo.

En lugar de eso, Berrie se puso a disparar enloquecidamente hacia el exterior, sin precisar ni mucho menos la puntería. Tres..., cuatro..., hasta cinco disparos consecutivos llegó a dirigir contra las sombras del pasillo.

Ningún grito de dolor consiguió arrancar a la penumbra.

De pronto, se rompió como un pelele y de su garganta brotaron sollozos incontenibles.

Desde la abierta ventana de la habitación, le apuntó Larry Wyman invitando suavemente:

—Deja caer el arma, Berrie.

El mayordomo interrumpió bruscamente los sollozos y levantó la cabeza sorprendido. Vio a Larry enmarcado en el hueco de la ventana y durante segundos interminables lo miró agrandando los ojos.

Wyman había aprovechado que Lansbury lo distraía para deslizarse por la parte trasera y llegar a la ventana, sorprendiéndole, aprovechó el estrépito de los disparos efectuados por Berrie para abrir la ventana y encañonarle.

Viendo que el criado de los Lozano se resistía a dejar caer la pistola, insistió Larry:

—Estás perdido, Berrie.

El mayordomo levantó velozmente el cañón del arma dispuesto a disparar contra Wyman, y éste no tuvo otra alternativa que apretar el gatillo, metiéndole un plomo en el cuerpo.

Berrie chilló como una rata perseguida por un gato y describió media vuelta sobre la punta del pie izquierdo, desplomándose a continuación de bruces.

El arma se le escapó de la mano.

Wyman pasó las piernas por encima del alféizar de la ventana y penetró en la estancia al mismo tiempo que Roy lo hacía por la puerta.

Respondiendo a la muda pregunta que se podía leer en la mirada de Roy, dijo Wyman:

—Sólo le metí plomo en el hombro.

Berrie le dio la razón y después de emitir unos quejidos, trató de incorporarse, quedando arrodillado en el suelo. Wyman lo atrapó del brazo zurdo, ayudándole a levantarse.

El hombre quedó en pie con el semblante demudado y perdiendo gran cantidad de sangre por la herida que tenía en el hombro derecho. El brazo del mismo lado le caía flácido a lo largo del costado y torciendo los labios, reprochó Lansbury:

—¿Ves lo que has conseguido, Berrie?

El mayordomo movió trémulo los labios, y tras grandes esfuerzos logró bisbisear:

—*Look* es el verdadero culpable, teniente. Yo...

—No te hagas el angelito, Berrie —le interrumpió, seco, Wyman—. Deja que sea el jurado quien dé a cada uno lo que merece. Venga, echa a andar hacia el salón.

—¿Qué..., qué harán conmigo?

—Ya has escuchado a Larry —replicó Roy—. Nuestra misión acaba entregándote a la justicia para que seas juzgado.

Como el mayordomo no se movía del sitio, tuvo que empujarle Larry en dirección a la salida.

—O te cortamos la hemorragia o no hará falta llevarte a ninguna parte, Berrie.

El hombre se dejó conducir por los dos jóvenes, y tan pronto llegaron al salón se encontraron, allí con todos los invitados a la fiesta, de algunas gargantas femeninas se escaparon leves grititos de espanto, mientras los hombres, se mostraban llenos de estupor.

Roy los miró contrariado.

—¿Ha convocado alguien reunión general o qué?

De momento nadie contestó.

Carmen Lozano se adelantó y ayudó a Berrie a tomar asiento en un sillón, observando la intensa palidez de su cara. Siempre bajo la vigilancia de Wyman procedió a rasgar su camisa y preparó unas

gasas para taponar la herida.

Después de un prolongado silencio, masculló Javier Villa:

—Carmina y yo nos largamos ahora mismo de aquí.

Roy, ladeó la cabeza inquiriendo sarcástico:

—¿Cómo dice?

—No pienso seguir en esta casa ni una hora más —insistió Javier—. Tino le puede facilitar mis señas por si...

—Nadie abandonará la finca por ahora —cortó con helada entonación el agente del FBI—. Todos ustedes se encuentran complicados en un feo asunto y no pienso dejar que nadie abandone la casa.

Segundo Jiménez levantó la mano señalando al mayordomo.

—¿No tiene ya al culpable, teniente?

—Berrie sólo fue la mano ejecutora.

—¿Quiere decir que detrás de Berrie hay alguien, Lansbury?

—En efecto.

Todos se callaron mirándose los unos a los otros y entonces intervino Berrie echando a rodar el trabajo de Roy:

—¡Look me pagó para que matara a Merrit! Él es más culpable que yo. Me indujo a cometer el crimen y...

Wyman le aplicó un tardío manotazo en la nuca obligándole a morderse la lengua.

—Es un hombre herido —dijo Carmen.

—Y un maldito asesino a sueldo —recordó, hosco, Wyman—. No se debe tener compasión con esta gente.

Entretanto, Kevin Marshall salió del grupo y se aproximó a Roy. Mirándole fijamente a los ojos, pidió:

—Deseo hablar a solas con usted, teniente Lansbury.

El joven le sostuvo unos segundos la mirada y observó que en ella había más ruego que exigencia, acabó dando una cabezada afirmativa e indicó la biblioteca contigua al salón.

—Venga conmigo, Marshall.

Cruzaron el salón bajo la atenta mirada de los reunidos y se metieron en la biblioteca. Tan pronto escuchó Roy que Marshall cerraba la puerta a su espalda, se giró encarándolo.

—Hable, Marshall.

El otro titubeó brevemente antes de decir:

—Tiene el caso resuelto, ¿verdad, teniente?

Roy contestó con otra pregunta:

—¿Qué le hace suponer eso?

—Bueno... El propio Berrie ha confesado que él mató a Merrit inducido por Gene *Look*. Todos hemos podido escuchar las palabras pronunciadas por el mayordomo.

—¿Y qué me dice del primer cadáver, Marshall? ¿Acaso se ha olvidado de Dan Forrest? —Seguro que también ha sido víctima de Gene y Berrie.

—¿Cómo puede decir eso, Marshall?

—Resulta casi imposible que en esta reunión de amigos se encuentren dos grupos de asesinos actuando por separado, teniente. Por cierto..., ¿dónde tienen a Gene?

Roy le miró fijo a los ojos.

—Se ha fugado.

—¿Que se ha fugado?

—Eso he dicho.

—Entonces tiene una poderosa razón para salir de la finca y lanzarse en su busca, teniente Lansbury.

—¿Por qué he de hacerlo, Marshall? ¿Pretende darme lecciones de cómo debo actuar? Kevin Marshall endureció el rostro.

—Escuche, Lansbury —hizo una pequeña pausa y añadió—: En esta reunión nos encontramos tres altos cargos de la Oficina Federal de Investigación.

Roy dejó escapar una suave risita.

—¿Y qué?

—Por ningún concepto deseamos vernos envueltos en un embrollo como éste, ¿me explico?

CAPÍTULO XI

Roy atirantó los músculos del rostro, súbitamente serio y ladeó la cabeza clavando en su oponente una dura mirada.

—Tendrá que ser más explícito si quiere que comprenda sus palabras, Marshall.

—Creo que están lo suficientemente claras, teniente. Tres de nosotros somos miembros del FBI y no queremos vernos envueltos en escándalos.

—Eso ya lo dijo antes, Marshall. Pero yo soy un oficial de policía y me encuentro investigando un crimen, que por ahora, no cae en terreno de los federales, ¿comprende?

Kevin Marshall resolló:

—Es usted duro de mollera como todos los policías pueblerinos, teniente.

—Y ustedes son tan listos que se encuentran metidos en un fregado como éste sin comerlo ni beberlo, ¿eh? —se burló el joven —. Tiene que decirme algo, Marshall.

—¿Qué?

—¿Me está hablando en nombre de sus compañeros o lo hace en el suyo solamente?

Roy observó que Kevin Marshall titubeaba.

—Ellos no saben lo que estamos hablando.

—Ya. ¿Y quiénes son los otros dos jefazos del FBI?

Tras un nuevo titubeo, aclaró Marshall:

—Forrest Reagan y Gary Stapleton.

Roy meneó la cabeza.

—De acuerdo, Marshall. Los borraré a ustedes de la lista de sospechosos, ahora vamos fuera.

Marshall apretó los dientes y alargó la diestra sujetando el brazo

a Roy.

—Veo que no ha comprendido, teniente Lansbury —silabeó duro—. Lo que deseo es salir cuanto antes de aquí.

El agente del FBI crispó los maxilares y clavó una gélida mirada en la mano de Marshall que lo retenía. Esperó unos instantes, hasta que éste retiró la mano y a continuación habló como masticando cada palabra antes de pronunciarla:

—Ustedes se van a quedar aquí hasta que yo lo crea conveniente, Marshall. Si no está de acuerdo con mi decisión, pueden coger el teléfono y llamar a la Oficina Federal.

Girando sobre sus talones no esperó Lansbury las palabras del hombre del FBI, y abandonó la biblioteca sin preocuparse en comprobar si era seguido.

Cuando llegó al salón muchos pares de ojos se posaron en él.

Haciendo un ademán se enfrentó Roy a ellos.

—Ya pueden regresar a sus habitaciones, señores. No tienen nada que hacer aquí.

Hubo un pequeño silencio y dijo Roberto Ocaña:

—¿Regresar a nuestras habitaciones? Será mejor que nos sentemos en primera fila y esperemos acontecimientos, teniente. Todo esto empieza a tener salsa. En primer lugar...

Roy lo interrumpió con un brusco gesto.

—No estoy para bromas, Ocaña. Tiene un minuto para volver a sus habitaciones o les prometo que van a sentirlo de veras.

Las duras palabras de Lansbury, tuvieron la virtud de hacer callar algunas protestas a punto de iniciarse. Sobre todo, por parte de Segundo, Joaquín y María Rosa.

Finalmente los tres siguieron a los otros en su desfile escaleras arriba. Sólo quedaron en el salón Tino, Carmen, Larry, Paula y por descontado, Berrie.

Roy preguntó a Tino:

—¿Tienes un vehículo disponible?

—Desde luego.

Larry dirigió una inquisitiva mirada a su compañero y Roy lo cogió de un brazo apartándole unos pasos del grupo.

—Encárgate de llevar a Berrie hasta el cerco, y que se hagan cargo de él —murmuró quedo—, regresa tan pronto te sea posible.

En el mismo tono de voz, inquirió Wyman:

—¿Hay algo nuevo?

—Hablabremos a tu regreso.

Larry asintió moviendo la cabeza.

Carmen no había concluido del todo la cura del hombro de su mayordomo, cuando Larry llegó junto a ellos y atrapándole del brazo sano lo puso en pie.

—Vamos a dar un paseo en coche, Berrie.

Carmen inició una airada protesta:

—¡Este hombre...!

—Este hombre tendrá mucha suerte si se desangra por el camino, señora —la cortó bruscamente Wyman—. Lo que le espera no es demasiado agradable.

Se lo llevó hacia la puerta que daba al garaje siguiendo a Tino que iba delante.

Roy se quedó solo con las dos mujeres. Observando la palidez que cubría el rostro de Paula, aconsejó:

—Te vendría bien un descanso, muchacha.

Ella denegó moviendo la cabeza.

—Ahora no, Roy.

—Apenas si falta una hora para amanecer.

—En mi casa acostumbra a amanecer muy tarde, después de una fiesta —intervino Carmen—. Nadie aparecerá por aquí hasta después del mediodía.

—Y además es importante que hablemos, Roy —siguió Paula.

El joven frunció el ceño.

—¿Sobre qué?

—Sobre la misión que os ha traído a esta finca.

Roy no pudo evitar un respingo de sorpresa. Luego dirigió la mirada a Carmen Lozano y dijo con cierta dureza:

—No estabas autorizada a hablar de eso, Carmen. Por mucha confianza que tengas con Paula...

La muchacha le interrumpió esbozando una sonrisa.

—Carmen no me ha dicho nada, Roy.

—¿No?

—He sido yo quien montó todo el plan para atrapar a los espías. Lo hice en acuerdo secreto con el inspector jefe Harlan Niven de San Francisco.

Roy se la quedó mirando inexpresivamente.

—¿Sí?

—Comprendo lo que te ocurre, Roy —concedió Paula—. Encuentras extraño que una mujer haya sido encargada del caso, ¿no? Para tu conocimiento te diré que también pertenezco al FBI lo mismo que tú y Larry Wyman.

Roy siguió mirándola serio.

—¿Quién ha dicho que nosotros somos agentes federales?

—Vamos, Roy, no seas pueril —reprochó suavemente Paula—. Deja tu orgullo masculino a un lado y sé práctico. Me consta que tú has venido de Helena y que tus compañeros allí te llaman «el loco del FBI». Wyman procede de Dakota del Norte.

El joven dejó escapar una agria sonrisa.

—Y tú eres la jefa del cotarro, ¿no?

—Eso es, Roy.

—Una hermosa jefa.

—Deja los sarcasmos, por favor.

Lansbury insistió, ceñudo:

—Niven es un tipo sabihondo, ¿eh? Ha hecho que Larry y yo hagamos el canelo, mientras tú te reías, interiormente, de todo cuanto hacíamos por descubrir a...

—El plan ha sido perfecto y los resultados buenos, Roy —le atajó ella seriamente—. Larry y tú habéis hecho un trabajo perfecto atrayendo la atención de los invitados y permitiéndome a mí resolver el caso, de otra parte Niven os puso aquí por una sencilla razón.

—¿Sí, eh?

—Necesito vuestra colaboración para finalizar el caso, Detener a esa gente no será cosa simple.

Lansbury compuso una mueca.

—Supón que no creo tus palabras, encanto.

—Tienes una forma de comprobar mi identidad, Roy.

Coge el teléfono y llama al cerco. No se te olvide mencionar el nombre clave R y L.

Roy estuvo unos instantes contemplando la sonrisa irónica en los labios femeninos y terminó por soltar un gruñido.

—No hace falta.

—De acuerdo —dijo Paula—. Entonces escucha la forma en que finalizaremos el caso.

CAPÍTULO XII

Todos los invitados a la fiesta de disfraces se hallaban dispersados por el vasto jardín de la quinta de los Lozano. Unos refrescaban sus cuerpos en la piscina. Otros conversaban tumbados, protegiéndose del sol abrasador bajo los parasoles, y algunos pasaban el rato jugando un partido de dobles en la pista de tenis.

Eran las cuatro y media del día siguiente.

Roy Lansbury y Larry Wyman no aparecían por ninguna parte. En realidad, nadie los había visto desde la madrugada y la verdad es que ninguno daba la impresión de echarlos en falta.

Excepto Roberto Ocaña que en aquellos momentos preguntaba a Tino, bajo uno de los parasoles:

—¿Qué ha sido de tus amigos los policías, Tino?

Tino Lozano hizo un gesto ambiguo.

—Creo que acabaron por hacerme caso y se marcharon. Según Roy Lansbury el caso estaba resuelto y no quiso estropear más tiempo mi fiesta.

—Ese Roy Lansbury es un tipo duro, ¿eh, Tino?

—Tiene un oficio duro, Roberto.

—Pertenece a la Brigada de Homicidios de Tucson, ¿verdad?

Tino Lozano compuso una mueca.

—Eres un curioso insaciable, Roberto.

Ocaña echó la cabeza hacia atrás y rió alegremente.

—Ya me conoces, Tino.

Kevin Marshall, que se hallaba cerca de ellos echado en otra tumbona con un vaso en la mano, se incorporó alegando:

—Voy a tenderme un rato.

Tino levantó la cabeza, mirándole.

—Te encuentras mal, Kevin.

—La nohcecita no ha sido como para estar en forma, Tino —replicó áspero Marshall—. La próxima vez que organices una fiesta lo pensaré antes de aceptar.

Sin decir nada más, depositó el vaso sobre una mesa y se encaminó al interior de la mansión. Viéndole marchar, comentó Roberto:

—Se ha puesto antipático Kevin, ¿eh, Tino?

—Padece del hígado —le disculpó Carmen, sentada cerca de su esposo—, anoche tuve que darle polvos a Lona para que se los preparara.

—Sin embargo, bebe como un cosaco —intervino Marisa—. Es un estúpido bebiendo tanto si padece del hígado.

Segundo y Joaquín acudieron chorreando de la piscina.

—¿Alguno de vosotros se echa un póquer?

Marisa fulminó a su marido con la mirada.

—¿No te parece demasiado pronto?

Segundo le dedicó una abierta sonrisa.

—Tengo que recuperarme, mamá, anoche me pegaron hasta en el carnet de identidad. Joaquín aprobó socarrón.

—Te pegué yo, ¿eh, Segu?

—Ya te cogeré en otra, Joaquín. ¿Vamos a secarnos?

Ambos hombres se dirigieron corriendo hacia las casetas situadas cerca de la piscina. Segundo abrió una de ellas y de repente saltó a un lado con los ojos desorbitados de espanto.

Un cuerpo cayó desmadejadamente al suelo quedando cruzado en la entrada de la caseta.

A unos pasos de distancia, pálido también el rostro, masculló Joaquín:

—Te vas a convertir en descubridor oficial de cadáveres, ¿eh, Segu?

—Tu broma no tiene ninguna gracia, Joaquín.

Todos los invitados corrían hacia ellos y cuando llegaron a su lado se quedaron convertidos en estatuas.

Contemplaban atónitos el cuerpo inerte de Larry Wyman.

* * *

Kevin Marshall subió a su habitación y échese boca abajo en el lecho. Desde hacía un buen rato el hígado no dejaba de molestarle y

se encontraba mal en todas las posturas. Intentó descabezar un sueño, pero sus párpados se negaron a cerrarse durante un buen rato.

Ya casi lo estaba consiguiendo cuando escuchó que la puerta de la habitación se abría lentamente. Sin molestarse en cambiar de postura, preguntó:

—¿Lona?

La voz que respondió a su pregunta le hizo respingar:

—Soy Paula Head, Marshall.

Kevin se revolvió en el lecho y saltó rápidamente quedando sentado sobre la colcha. Durante varios segundos miró perplejo a la muchacha que tenía delante.

Luego inquirió secamente:

—¿Qué deseas, Paula?

La chica respondió serenamente:

—Los documentos que piensas vender a una potencia extranjera, Marshall. Esos microfilmes que contienen un detallado esquema de todo el contraespionaje de nuestro país, no deben llegar a manos extrañas. Nos daría muchos quebraderos de cabeza.

Kevin Marshall se puso en pie, lentamente, boqueando de asombro.

Durante largos segundos no supo qué decir y finalmente pudo murmurar haciendo un tremendo esfuerzo:

—¿Te has vuelto loca?

—Estoy en mi sano juicio, Marshall —rebatió dura la chica—. Quiero esos microfilmes y el nombre de la persona a la que debes entregarlos.

Marshall logró al fin reponerse de su sorpresa y estalló colérico:

—¡Oye, Paula...!

La muchacha hizo un rápido movimiento y en su diestra apareció una pistola con la que encañonó a su oponente.

—Quieto donde estás, Marshall —ordenó fríamente—. Y deja de hacerte el inocente porque estamos seguros de tu culpabilidad.

Kevin Marshall permaneció unos instantes con la incrédula mirada clavada en el rostro de Paula. Finalmente, se dejó caer en la cama con expresión anonadada.

—Se... está cometiendo un tremendo error —musitó meneando la cabeza—. Yo no sé nada de...

En eso sonó una voz en la puerta de la habitación:

—Siento haberte metido en este feo asunto, querido, de haber...

¡Quieta, Paula!

La muchacha interrumpió el movimiento de girarse.

Y cerrando la puerta avanzó Lona Marshall, advirtiéndolo:

—Tengo una pistola que te apunta a la espina dorsal, Paula. Te conviene dejar caer el arma.

Paula obedeció sin hacerse repetir la orden y vio cómo la esposa de Kevin daba un rodeo para situarse frente a ella sin dejar de apuntarle ni un segundo.

—Conque trabajas para el FBI, ¿eh, Paula?

La muchacha la miró, brillantes las pupilas.

—En efecto, Lona. Y debo confesarte que jamás hubiera sospechado que tú te hallabas envuelta en un juego tan sucio como éste. Habíamos creído que era Kevin el que...

Lona mostró los blancos dientes, riendo burlona.

—Supe que un día u otro se llegaría a descubrir. Pero habéis llegado con retraso, Paula.

—¿Tú crees?

—Por supuesto. Dentro de media hora entregaré los microfilmes y todo habrá concluido. En un Banco de México dispongo de una bonita suma, entregada por mis amigos anticipadamente. Estoy harta de la clase de vida que llevo, pero te prometo que todo cambiará de ahora en adelante.

Kevin había permanecido como ausente sentado en el lecho. Descubrir aquello fue un golpe demasiado fuerte para él y pasó unos minutos enajenado, derrumbado moralmente.

Ahora levantó los ojos rasos de lágrimas hacia su esposa y preguntó en tono patético:

—¿Por qué, Lona?

La mujer plasmó en sus labios un mohín de fastidio.

—No te pongas tétrico, querido —respondió desdeñosa—. Si no te gusta mi plan puedes quedarte en los Estados Unidos y renunciar a la cómoda vida que te ofrezco en Sudamérica.

Paula intervino entonces diciendo:

—Creo que Kevin no irá contigo, Lona. Él es un hombre honrado y está lleno de vergüenza por tu incalificable acción —hizo una pequeña pausa y agregó—: ¿Piensas matarnos a los dos para seguir

adelante con tus propósitos, Lona?

La mujer de Kevin Marshall los miró titubeando levemente.

—Espero no verme obligada a ello, pero no dudaré si llega el caso —aseguró fría—. ¿Qué dices tú, querido?

El aludido se levantó y echó a andar lentamente hacia ella.

—Voy a darte lo que mereces, perra.

Lona retrocedió unos pasos demudado el semblante.

—¡No, Kevin, por favor...! No me obligues a disparar contra ti. Lo comprenderás todo, querido.

El siguió andando como un autómatas, cerrados fuertemente los puños.

Paula supo que de un instante a otro apretaría Lona el gatillo de su pistola. Podía leerlo en sus ojos llenos de terror y en el índice que se crispaba sobre el gatillo.

Kevin Marshall alargó las manos hacia el cuello de su esposa.

Lona iba ya a disparar...

De pronto surgió un ciclón de alguna parte de la habitación y llevándose a Lona Marshall por delante, la hizo rodar por el suelo.

La mujer se debatió con fiereza, pero Roy Lansbury la inmovilizó, después de arrebatarse el arma de un zarpazo.

Paula Head emitió un suspiro de alivio y reprochó:

—Has tardado un poco en decidirte a intervenir, Roy.

CAPÍTULO XIII

Tino Lozano dejó la muñeca que durante unos segundos había sostenido entre sus dedos y ésta cayó flácida al suelo. Moviendo la cabeza pesaroso se incorporó el dueño de la quinta y anunció con un hilo de voz:

—El sargento Larry Wyman está muerto.

Entre los reunidos en torno al cuerpo inerte de Wyman hubo un estremecimiento de inquietud y temor. En todos los rostros se podía leer el impacto que les causaba una nueva muerte violenta.

Tras un pesado silencio que se prolongó largamente, comentó Roberto, dirigiéndose a Tino Lozano:

—Dijiste... que habían abandonado la casa, Tino.

Lozano encogió los hombros.

—Eso supuse al no volverlos a ver.

Chimo Corell tenía la mirada fija en el cuerpo inmóvil de Wyman y barbotó:

—Hay algo extraño en el cadáver de Wyman.

Algunos de los reunidos se giraron hacia él.

—¿El qué, Chimo?

—No veo ninguna herida.

—Si lo vuelves boca arriba observarás que tiene el rostro azulado —explicó Tino—. Con toda seguridad ha sido envenenado. Luego se ocuparon de ocultar el cadáver en esta caseta.

Marisa Jiménez pidió trémula:

—Sácame de aquí lo antes posible, Segundo. No puedo seguir soportando todo esto.

Tino sacudió la cabeza, denegando.

—Nadie puede irse ahora, Marisa. Créeme que lo siento, pero mi obligación es avisar a las autoridades de forma oficial. Ojalá

hubiese dejado a Lansbury que lo hiciera anoche.

Roberto Ocaña se pasó la mano por el mentón.

—¿Dónde estará el teniente? Si su compañero está muerto...

—Es posible que él se encuentre también en las mismas condiciones —concluyó la frase Javier Villa—. Y tú dirás lo que quieras, pero Carmina y yo nos vamos enseguida de aquí, Tino.

—Oye, Javier...

—¡No voy a escuchar nada, Tino! —rugió Javier—. Impediré a toda costa que Carmina siga en este ambiente. La quiero demasiado para consentirlo.

Tino Lozano empezó a argumentar:

—Pero debes comprender que...

De pronto un grito escalofriante los sobrecogió a todos.

Levantaron las miradas hacia una de las ventanas del piso superior y lo que vieron allí les rizó los cabellos.

Lona Marshall asomaba medio cuerpo por encima del alféizar de la ventana con la espalda apoyada en él. Sobre ella, sujetándola por las muñecas y con una expresión salvaje plasmada en el rostro, se hallaba Roy Lansbury.

—¡El nombre, Lona! —Exigía Lansbury a gritos en tanto la iba empujando cada vez más al exterior—. ¡Dime el nombre de esa persona o juro que lo lamentarás!

Ella gemía lastimera:

—Por favor..., por favor...

—¡Suelta el nombre de ése espía o te aplastaré, Lona! Si no te decides pronto voy a romperte la espina dorsal contra el alféizar de la ventana y tendrás que andar el resto de tus días en una silla de ruedas.

Lona Marshall hizo un vano intento por desprenderse de la presión que ejercían las manos masculinas en sus muñecas.

—Está en un error. Yo no soy...

—¡El nombre, maldita!

La expresión del rostro de Lansbury era casi inhumana, crispados los maxilares y fulgurantes las pupilas.

A pesar de la proximidad de ella, continuó pidiendo salvajemente:

—¡Dime el nombre de una cochina vez, Lona!

Todas las personas aglutinadas en el jardín de la quinta estaban

hondamente impresionadas por la escena que presenciaban, aquello era ya demasiado para unos nervios poco templados.

Algunas mujeres tuvieron que apoyarse en sus maridos.

Sin embargo, nadie osaba intervenir.

De pronto el cuerpo de Lona Marshall estuvo a punto de caer al pavimento de la terraza.

La mujer chilló despavorida:

—¡Le diré el nombre, Lansbury!

El joven todavía no la soltó e insistió:

—¿Lo prometes?

—¡Sí! —jadeó la mujer—. Juro que se lo diré.

Entonces tiró Roy Lansbury de ella hacia el interior de la habitación. Una vez dentro, soltó el joven a Paula Head y ésta se desprendió con rapidez de la vestimenta de Lona Marshall y de la peluca que llevaba puesta.

Dejando escapar un resoplido, se quejó:

—Has estado a punto de romperme la espina dorsal de verdad, Roy.

—Había que dar realismo a la escena, jefa.

En un rincón de la estancia se hallaba la verdadera Lona Marshall atada y amordazada.

En el ángulo opuesto, y pesar de su aparente inocencia en el caso, Kevin Marshall se encontraba en las mismas condiciones que su esposa. Se debía a una medida de precaución.

* * *

Tan pronto desaparecieron por la ventana la falsa Lona Marshall y Roy Lansbury, los invitados a la fiesta de disfraces de los Lozano se llevaron una nueva y desagradable sorpresa.

Forrest Reagan saltó a un lado y extrajo un revólver de alguna parte del cuerpo.

Apuntando en semicírculo, crispadas las facciones, amenazó torvo:

—Que nadie se mueva y no ocurrirá nada.

Todos sus amigos se quedaron estupefactos, incapaces ya de creer lo que estaban viendo.

Tino dio un paso hacia él.

—¿Te has vuelto loco de repente, Forrest?

—¡Quieto donde estás, Tino! —rugió el hombre que utilizaba el disfraz de Napoleón—. Vas a proporcionarme un coche para escapar de esta ratonera si no quieres que te vuele los sesos.

La esposa de Reagan, Helen, dio unos pasos acercándose a él.

Pero éste extendió la mano libre, conteniéndola.

—No te aproximes ni un paso más, Helen.

Su rostro aparecía desfigurado por el odio que lo dominaba y Helen se detuvo impresionada.

—Forrest...

—Nada de sentimentalismos, ¿estamos? —masculló despectivo Reagan—. Me hubieras acompañado a México en viaje de placer aunque luego te dejase abandonada en cualquier lugar. Pero es mejor así. Hace años que te soporto a pesar del inmenso desprecio que me inspiras.

Ante las duras e inesperadas palabras de su marido, Helen inclinó la cabeza y de su garganta brotó incontenible un sollozo.

Tino, que se encontraba junto a ella, alargó el brazo y se lo pasó por los hombros.

—No le hagas demasiado caso, Helen. El mismo miedo que siente le hace hablar de esa forma.

Reagan movió el revólver con una risita siniestra plasmada en el contraído rostro.

—De pronto te ha dado por ser un padre para Helen, ¿eh, Tino? Dispones de tres segundos para dirigirte al garaje y preparar uno de tus bólidos. ¡Vamos!

Tino lo miró largamente sin moverse del sitio y suplicó vehemente Carmen:

—¡Obedece, Tino!

Poco a poco comenzó a moverse Tino.

Y de pronto Segundo, Joaquín y Javier parpadearon incrédulos por lo que estaban viendo.

El cadáver de Wyman, al que Reagan no prestaba la menor atención, empezó a despegarse del suelo. Despacio, sin producir el menor ruido, se puso en cuclillas.

Luego, inesperadamente, se abalanzó sobre las piernas de Reagan.

El impacto cogió desprevenido a Reagan y rodó por el suelo al perder el equilibrio. La pistola fue a caer junto a los pies de Tino,

que se inclinó recogiéndola.

Reagan se repuso con prontitud e intentó pegar un rodillazo en el bajo vientre a Wyman.

Pero éste no le dejó maniobrar y sujetándole por la pechera de la camisa empezó a golpearle con inusitada furia de izquierda a derecha, mientras resollaba jadeante.

—Te avisé que ibas a encontrarte en Waterloo, hombre.

La resistencia de Reagan pronto se vino abajo y se convirtió en un pelele con la cara sangrante.

Larry Wyman siguió pegando hasta que la mano de Roy se clavó en su hombro y lo apartó con fuerza de él.

—Ya está bien, Larry, demonios.

Después de unos segundos se incorporó, resollando, Larry Wyman.

Roy paseó la mirada por los atónitos asistentes a la fiesta de disfraces y, forzando una sonrisa, anunció:

—Ahora todo ha terminado, señores. Pueden marcharse de aquí tan pronto lo deseen. Roy Lansbury no tuvo que insistir demasiado.

CAPÍTULO XIV

En San Francisco, tres días después...

El inspector jefe Harlan Niven se hallaba reunido en su despacho con Paula Head, Roy Lansbury y Larry Wyman. Ofreció cigarrillos y bebidas a sus agentes y movió la cabeza aprobativamente.

—Todo ha salido perfectamente —empezó a decir satisfecho—. Forrest Reagan, un hombre extremadamente ambicioso, pero sin acceso a los archivos generales de la Oficina Federal, está listo para rendir cuentas. En cambio, Kevin Marshall, que era el encargado de los archivos, ha sido declarado inocente aunque haya perdido el cargo que ocupaba.

Larry dijo tras una chupada al cigarrillo:

—Me gustaría saber cómo se las ingenió Reagan para obtener del archivo los datos que reunió.

—Se valió de Lona Marshall y me imagino que no le costó demasiado el convencerla, puesto que esa mujer también lleva la ambición en la sangre. —Hizo una pausa Niven y a continuación agregó—: Kevin Marshall posee un cerebro excepcional, con una memoria portentosa. Pero su organismo tiene el fallo de un hígado delicado. Cada noche la propia Lona tenía que inyectarle por prescripción facultativa. La muy pécora le inyectaba pentotal cada tres noches, en lugar del medicamento y de esa forma iba reuniendo datos. Kevin contestaba involuntariamente a las preguntas programadas con anterioridad por Reagan. Éste, que estaba inscrito en una sección especial, tenía que efectuar constantes viajes a México y se valió de ello para buscar a un comprador. Suponemos que tardaría bastante y que tuvo que enfrentarse a múltiples problemas, pero al parecer lo encontró y con él pensaba llevar a cabo el intercambio.

Larry Wyman masculló:

—Información de calidad a cambio de una importante cifra de dólares, ¿eh?

Harlan Niven meneó la cabeza afirmativamente.

—Exacto. Pero todo le ha salido mal gracias al excelente trabajo llevado a cabo por ustedes.

Roy torció los labios, diciendo ácidamente:

—El mérito principal es de Paula Head, inspector. Ella fue la persona que detectó lo que iba a ocurrir y posteriormente logró descubrir a Kevin Marshall como culpable, aunque éste resultó inocente al final, el caso se pudo resolver. En primer lugar, debe felicitarle a ella, inspector.

Harlan Niven descubrió el tono mordaz que empleaba Roy Lansbury y le dirigió una leve sonrisa.

—Tengo que felicitarlos a los tres, Lansbury. Si bien es verdad que Paula Head ha sido el alma de la misión, el trabajo de ustedes dos también ha resultado decisivo llamando la atención de los invitados y permitiéndole a ella moverse con entera libertad.

—Es posible, señor —siguió hiriente Roy—. Sólo que no me gusta servir inconscientemente de pardillo.

Harlan Niven volvió a forzar una sonrisa.

—En este caso la culpa es completamente mía, Lansbury. Supuse que si ustedes lo ignoraban se moverían con mayor naturalidad. Siento haber herido su amor propio, de veras.

Lansbury dio un manotazo al aire.

—No tiene importancia, señor —respondió serio—. ¿Puedo retirarme? Tengo verdaderos deseos de ir a mi hotel y meterme bajo la ducha. Creo que aún no me quité toda la arena de encima a pesar de que hayan pasado unos días.

Niven dio una cabezada.

—Puede irse, Lansbury.

El joven se incorporó y después de dar una palmada en el hombro de Larry se encaminó a la salida del despacho. Ni siquiera se molestó en desviar los ojos hacia Paula Head.

* * *

El carrillón volvió a sonar insistente.

Roy Lansbury imprecó entre dientes y cerrando el grifo de la

ducha se echó un albornoz sobre los hombros, anudándolo de cualquier manera a su cintura.

Se encaminó a la puerta y la abrió de golpe.

En el hueco le sonreía Paula Head.

—¿Me permites entrar, Roy?

El joven se hizo a un lado, pero masculló cuando la chica pasó junto a él:

—Tenemos poco de qué hablar, jefa.

Paula esperó a que Roy cerrara la puerta de la habitación y lo miró sin dejar de sonreír.

—Mi nombre es Paula, querido.

Los ojos de Roy fulguraron.

—Antes de tocar a una niña engreída... Menos familiaridad, ¿eh?

Paula levantó la mano en la que sostenía un pequeño maletín.

—En la finca de los Lozano me juraste que te gustaría ver si me favorecía el disfraz de camisoncito modelo «Tentación». Como allí no pudiste comprobarlo...

Royladeó la cabeza mirándola fijamente.

—Eh, no me digas que en esa maletita traes el camisoncito modelo «Tentación».

—Entre otras cosas que puedo necesitar, Roy.

—Bueno...

Paula compuso un mohín de contrariedad.

Giró sobre sus talones encaminándose a la salida.

—Debí imaginarme que no iba a interesarte, Roy.

Ya alcanzaba la puerta cuando el joven se colocó a su lado en tres zancadas y la sujetó por el brazo.

—No tengas tanta prisa, ¡caray! Después de todo..., ya que estás aquí no me cuesta nada darte mi opinión sobre el disfraz.

Paula se detuvo volviendo a sonreír y levantó la cabeza envolviéndole en una cálida mirada.

—¿Puedo entrar en el baño, Roy? —inquirió suavemente—. Todavía no soy lo suficiente moderna como para ponerme el disfraz delante de ti.

Ambos jóvenes estaban muy cerca el uno del otro. Roy podía aspirar el perfume turbador que emanaba del cuerpo femenino. Los labios de Paula se ofrecían entreabiertos...

Enronquecida la voz, murmuró él:

—Luego, nena.

En el segundo siguiente ya estaban ambos unidos en estrecho abrazo y sus bocas se buscaban ansiosamente. Un beso apasionado, salvajemente apasionado...

Y en la mente de Roy Lansbury empezó a formarse una imagen terriblemente provocativa.

Porque un camisoncito modelo «Tentación» es la mejor arma que puede utilizar una bella joven para arrastrar a un hombre al matrimonio.

FIN

Seudónimo con el que escribe el autor Juan Mora Gutiérrez.